

"LA ISLA DE LOS BUCANEROS"

Drama en 3 actos y 14 cuadros

original de

ENRIQUE BUNSTER

Jose

En el Océano Pacífico y frente a la América del Sur, a unos tres días de viaje del continente, se encuentra la Isla de los Bucaneros. Por un olvido de los cartógrafos, ella no figura en los mapas. Es como un punto en la inmensidad del mar; pero en los días de atmósfera clara, el navegante puede divisarla desde muy lejos sin ayuda de anteojos. Surge como una nubecilla; luego se esboza su áspera silueta, con picachos agudos y acantilados cortados a pique; y la isla parece elevarse, parece emerger de entre las aguas con la soberbia de un puño iracundo. Es imponente el más alto de sus picos, de mil metros de altitud. Sus violentas quebradas son testimonio de su origen volcánico: un cataclismo ha debido traerla desde las profundidades hasta la superficie.

Si se la mirase desde el aire, se vería como un pequeño promontorio de color verde intenso, orlado de un anillo de perennes espumas.

Unas quinientas almas viven en ella, reunidas en una aldea de casas pintadas a la cal que se extiende frente a la playa de una ensenada. Hay un embareadero rústico, una taberna donde suena la única victrola que allí se conoce, y una iglesita de madera cuyo campanario da la impresión de que va a desplomarse. Por supuesto, no existen hoteles ni posadas; pero los forasteros que solían arribar, encontraban alojamiento en casa de una vecina que disponía de un cuarto amoblado. Huésped suyo fué Mr. Harold T. Mortimer en la época en que un designio fatal de su suerte lo llevó a la isla. Por la única calle a que da forma el caserío—, calle sin nombre y sin aceras—, transitan las mulas cargadas con la leña de la montaña o con el agua de las vertientes. La casa del gobernador está situada un poco aparte del poblado y sobre una ligera eminencia: es un *bungalow* de construcción barata, y, desde él, es visible el panorama de la villa y del mar. Justamente detrás, se levanta un faro de acetileno, que se enciende en las noches para guiar a los pescadores. Viven también los habitantes del cultivo de la tierra y de la explotación de los espesos bosques del interior. En las laderas de los cerros, a gran altura, retozan manadas de cabras salvajes. Antiguamente no tenían dueño; pero un día se le ocurrió a Bernardo Camacho, un colono emprendedor, la idea de beneficiarlas con método, y en pocos años se vió este hombre en posesión de una riqueza. (Más tarde debe haberla perdido, como consecuencia de los acontecimientos de que fué protagonista).

La vida de los isleños transcurre —o transcurría hasta antes de la llegada de Mr. Mortimer— en medio de una placidez deliciosa. ¡No en balde se hallan aislados del resto del mundo! Sólo una vez al mes alcanza hasta allí el único barco que establece comunicación con el continente: es la goleta "Gacela" (capitán Nur) que lleva los víveres para la pulpería y retorna con los productos de la colonia. En los meses del estío, suele arribar un buque con turistas. Se está unas horas en el puerto, lo justo para que los pasajeros bajen a tierra, den unas vueltas y regresen a bordo sin haber visto nada.

La Isla de los Bucaneros tiene una excitante historia. Es el lugar donde antaño se daban cita los bandoleros del mar, para, desde allí, emprender sus correrías sobre las posesiones españolas. Muchos episodios de la era pi-

rática la tuvieron por escenario. Todavía pueden verse las ruinas de un fuerte construído hace 300 años para repeler a esas incómodas visitas. En otro punto de la isla, en una playa desierta, están incrustados en la arena los restos de una nave —quizá un galeón de aquellos tiempos— que fué a dar ahí no se sabe cómo. Todo lo que queda de él, son unas maderas carcomidas que semejan el esqueleto de un cetáceo.

Los espíritus sensibles no olvidan este paraje una vez que lo han visto y conocido. Al contemplarlo desde lejos, se experimenta una sensación de melancolía. ¡Si pudiésemos quedarnos allí y vivir una vida al margen de vanidades y de luchas!... Refugiados en cabaña de troncos, pasaríamos los días contemplando el océano; seríamos amigos del párroco, del tabernero y del capitán de la "Gacela"; los bongos de los pescadores nos llevarían más adentro, en noches claras, sobre un oleaje muéllé; y con nuestra escopeta y nuestro perro, penetraríamos en la selva a caza de palomas...

Y es que, soñadores incorregibles, no advertimos que la distancia es un prisma engañoso y que estos paraísos inefables no existen, a lo mejor, sino en nuestra propia fantassía.

La Isla de los Bucaneros ha hecho honor a su nombre en los modernos tiempos. Si alentáis la ilusión de que la estirpe de los piratas quedó extinguida, vais a tener que abandonar esta idea candorosa. Mortimer, el caballero inglés, se cuenta entre aquellos a quienes el miraje fascinó... Pero si él viese hoy para narrarnos su experiencia, llamaría a la isla: *A cursed rock* ("una roca maldita"), y a sus gentes: *Flock of vultures* ("bandada de buitres").

Ya no puede hablar: duerme para siempre debajo de una cruz de madera, en el cementerio de la aldea. Cerca de él descansan otras tres víctimas de la tempestad de locura y salvajismo que asoló a la población.

Más afortunados fueron los caídos que los sobrevivientes: Bernardo Camacho está enjaulado entre los barrotes de una cárcel; Andrés, su hijo, ha perdido el juicio y deambula como un despojo humano; el orgulloso gobernador fué destituido con ignominia, y sus guardianes, maniatados con sus propias esposas.

Esta tragedia sombría, en que los peores instintos tuvieron parte y donde la codicia y la bajeza imperaron sin contrapeso, sería inútil evocarla con fines ejemplarizadores. La moraleja del cuento educativo nunca fué eficaz. Sólo hay una cosa evidente, y es que los resortes que determinan nuestros actos han sido y serán siempre los mismos. Con toda certeza, volverían los moradores de la "roca maldita" a repetir su conducta si el caso Mortimer se produjese de nuevo.

¡Exactamente como en las tablas de un escenario!

Cuántas veces asistamos a la representación, hemos de ver a los personajes conducirse de acuerdo con el texto inamovible del argumento.

No hay, pues, ninguna conclusión que sacar. Estamos lisa y llanamente en presencia de una porción de Humanidad, de una palpitación de Vida.

Que se descubra la escena —ese espejo de virtudes y de vicios, como decían los antiguos— y busque en ella, cada cual, la sombra de su propia imagen.

PERSONAJES

HAROLD T. MORTIMER, FORASTERO INGLÉS,
BERNARDO CAMACHO, COLONO
ANDRÉS, HIJO DE BERNARDO,
EL GOBERNADOR DE LA ISLA,
ESTRELLA, LA HIJA DEL GOBERNADOR,
EL TABERNERO,
MARINA, LA MUJER DEL TABERNERO,
EL CAPITAN DE LA GOLETA "GACELA",
EL BUCANERO (FANTASMA),
ARTEMIO, VIEJO PESCADOR,
DOROTEA, LA MUJER DE ARTEMIO,
DOÑA EMILIA, POSADERA,
EL HOMBRE DEL GARFIO,
"PATA DE PALO",
EL LEÑADOR,
MUCHACHO 1.º,
MUCHACHO 2.º,
GUARDIAN 1.º,
GUARDIAN 2.º,
PESCADORES, COLONOS, MARINEROS, GAÑANES, MUJERES DEL PUEBLO.

ACTO PRIMERO

Cuadro 1º

LA TABERNA, al atardecer. Al fondo, ventanal con perspectiva sobre el puerto, donde recién ha fondeado la goleta "Gacela". La tierra que se divisa es muy accidentada, y la vegetación verde e intensa. Una victrola portátil, encima del mesón del bar, arranca afónicas notas a un disco viejo. Atiende a los parroquianos la bella MARINA, mujer del Tabernero. Acodados en el mesón, bebiendo, están BERNARDO y su hijo ANDRES. Sentado a una mesa está el viejo pescador ARTEMIO, visiblemente borracho. Aparece EL TABERNERO detrás del bar, y suspende la música.

EL TABERNERO (con humor a Marina).—La inatracia ésta, me crispaba los nervios.

MARINA (riendo).— Es para atraer a los clientes.

EL TABERNERO.—¡Para ahuyentarlos!... Se la haces sonar de la mañana a la noche. (A Bernardo). Es el único disco que nos queda.

MARINA.—Pero también es el único que hay en toda la isla... Cuando no teníamos victrola, ¿oían otra música aquí, que no fuera la de los pájaros?... (Se entra y el Tabernero atiende en su lugar).

EL TABERNERO.— Ahora vamos a tener discos nuevos. El capitán debe traermé un surtido que le encargué. (Pone cerveza en los vasos). Y a usted, Bernardo. ¿qué tal le va? He visto sus cabras muy gordas y bonitas.

BERNARDO.—Sí; están bien este año. Ahora empiezo a explotar en grande el negocio.

EL TABERNERO.—Eso es industria. Usted va a ser el hombre rico de las islas!

BERNARDO.—No espero tanto. De todas maneras, lo que se gane, bien ganado estará. Harto trabajo nos cuesta, y hartos riesgos.

EL TABERNERO.—Como el de ayer, por ejemplo, ¿eh?... ¡Por poco no se matan todos!

BERNARDO.—Andrés puede decirlo: Quedó colgando de un troco sobre el precipicio.

ANDRES.—No sé cómo pude agarrarme. Fue un milagro que salvara.

BERNARDO.— Yo ví despeñarse los animales: la cabra y el perro. Le aseguro que es algo fuerte. Ahí el abismo es a pique y tiene 200 metros de profundidad. Los brutos cayeron como un solo bulto en los filos de las rocas.

ANDRES.—El impacto suena como una detonación, y los cuerpos reventan lo mismo que una granada: a mucha distancia se encuentran después una cabeza, o una pata...

EL TABERNERO.—Tremendo debe ser.

ANDRES.—Yo debí correr esa suerte, si no me sujeta a tiempo mi padre. (A Bernardo). ¡Te debo la vida! (Lo palmorea).

BERNARDO (sonriendo).— A mi salud, entonces. Hay que celebrarlo. (Beben, tomados por la cintura, como dos amigos).

ARTEMIO (*desde su asiento*).—No corren ustedes los peligros que nosotros. (*El Tabernero y los dos colonos miranlo sin interés*). Hay que ser pescador para saber lo que es jugarse el pellejo... (*Viendo que no le escuchan*). Bebo por mí. Bebo solo. (*Empina y queda como pensando con orgullo en sus proezas*).

MARINA (*desde la trastienda*).—Ahí viene el capitán.

EL TABERNERO.—¿Recién ahora desembarca?

MARINA (*id.*).—Parece que viene de la Gobernación.

EL TABERNERO (*mirando afuera*).—Como de costumbre, lleno de encargos y de paquetes. (*Sale a la puerta*). ¡Hola, capitán...!

EL CAPITAN (*desde fuera*).—¡Salud!

EL TABERNERO.—Dichosos los ojos... (*Entra EL CAPITAN, seguido de un MARINERO, portador este último de una bolsa repleta*).

EL CAPITAN.—Caballeros, buenas tardes. (*Todos, excepto Artemio, se acercan a saludarlo*). ¿Les encuentro a todos bien?

EL TABERNERO.—Sin novedad. Y usted, ¿qué tal viene?

EL CAPITAN.—Más o menos. Tuvimos un viaje autipático: cuatro días y cuatro noches con mar gruesa.

EL TABERNERO.—Eso, para usted, es una diversión.

EL CAPITAN.—Hasta cierto punto. Nos perseguía un viento del demonio... Traemos las velas rifadas y un marinero herido.

EL TABERNERO.—Aquí también hubo mucho viento: cayó un árbol... ¿Y en el continente?

EL CAPITAN.—Nada importante. Saludos de los amigos, y algunas cartas. (*Se enjuga la cara*). Dénos cerveza, que estamos acalorados. (*A Bernardo y Andrés*). Y los colonos, ¿nada tienen que contar?

BERNARDO.—Oh, si por acá no pasa nada. Usted, que viene del mundo, podrá decir algo. (*El Tabernero sirve a los marinos*).

EL CAPITAN.—Sí; les traigo buenas noticias. La carga se ha vendido a buen precio.

BERNARDO.—Me alegro... Y, ¿se habrá acordado de mi encargo?

EL CAPITAN.—Por supuesto. Y, a propósito, ¿cómo ha estado su enferma?

BERNARDO.—Mal la encuentro yo. A Andrés lo tengo de enfermero y doctor.

EL CAPITAN.—Es increíble que no haya aquí un practicante siquiera. Es el último desamparo. (*Saca de la bolsa un paquetito*). Aquí están sus remedios: inyecciones y otras cosas. (*Se lo da*).

BERNARDO.—Muchas gracias, capitán.

EL CAPITAN.—Adentro vienen las instrucciones.

BERNARDO.—Muchas gracias. Ella también se lo va a agradecer.

EL CAPITAN.—Y aquí está lo suyo, tabernero. Ya ven que no me olvido de nadie. (*A medida que lo va sacando*). Cartuchos para la escopeta... los discos...

EL TABERNERO.—¡Bravo, los discos!

EL CAPITAN.—... una linterna eléctrica..., un anafe a bencina..., un sacacorchos...

EL TABERNERO.—¡Venga el sacacorchos!

EL CAPITAN.—Aquí hay una pipa, que no sé para quién es... Ah, y algo más para los colonos. (*Saca dos cuchillos de monte*). Un cuchillo para

el padre. (*Se lo da a Bernardo*). Y un cuchillo para el hijo. (*Le da el otro a Andrés*).

EL TABERNERO.—¡Diablo!, el padre y el hijo se arman. (*Riendo*). ¿A quién irán a matar? (*Ríen todos con humor. En este instante entra HAROLD MORTIMER. Las risas se cortan en seco. Todas las miradas caen sobre él. Mortimer es un hombre alto y sólido, de edad imprecisa. Tiene un aire enigmático, siendo lo más notorio en él su imperturbable flema británica. Puede ser un filósofo o un hombre de acción, pero en todo caso, uno de esos estupendos tipos originales que sólo en la niebla de Londres pueden incubarse. Sus ropas están maltratadas, sus zapatos sucios de lodo. Anda a cabeza descubierta y lleva la pipa entre los labios*).

MORTIMER (*acodado en el mesón*).—Buenas tardes. Déme un whisky.

EL TABERNERO.—Oh, eso es un lujo; no se conoce aquí.

MORTIMER.—Gin, entonces.

EL TABERNERO.—Eso sí. (*Le sirve. Mortimer bebe en medio de un profundo silencio y bajo las insistentes miradas de la parroquia. Luego paga y sale, dejando a todos pendientes de su persona. Aun después que él ha salido, subsiste el silencio en la sala*).

EL CAPITAN (*mirándolo alejarse*).—Veo caras nuevas en la isla...

EL TABERNERO.—¿No le conocía usted?... Pero, qué digo, si llegó cuando usted estaba ausente.

EL CAPITAN.—Si no vino en mi buque, ¿cómo ha podido llegar aquí?

EL TABERNERO.—Vino en el "Cristóbal", con los turistas.

EL CAPITAN.—Ah, el "Cristóbal". Pues claro: en el viaje anterior nos cruzamos. Cuando yo iba, el "Cristóbal" venía.

EL TABERNERO.—Y él se quedó. Traía equipaje... Su nombre es Mortimer, mister Harold Mortimer.

EL CAPITAN.—¿Un nuevo colono?

EL TABERNERO (*se encoge de hombros*).—No sé lo que hace. Y creo que nadie lo sabe. (*Pausa. Bernardo va lentamente hasta la puerta, y quédase mirando con fijezca en la dirección en que ha salido el forastero. Hay algo raro en su actitud, como si una idea súbita le obsesionase*).

EL CAPITAN.—Será un excéntrico... No en balde es un inglés.

EL TABERNERO.—No habla con nadie. Y rara vez se deja ver.

ANDRES (*con una risita*).—Yo he descubierto lo que hace: es cazador de mariposas.

EL CAPITAN.—¡Mariposas!

ANDRES.—Todos los días, por la tarde, se mete isla adentro con la redcecilla al hombro. Se dedica a pillar pajaritos.

EL TABERNERO.—Como si hubierta tantos por aquí.

ARTEMIO (*desde su asiento*).—También lleva una linterna y un pie de éstos que usan para cavar la tierra.

ANDRES (*con una risa nerviosa*).—Buscará, además, lombrices.

ARTEMIO (*con extraña hilaridad*).—Puede ser..., puede ser... (*Andrés echa sobre Artemio una rápida mirada. Se produce un silencio*).

EL CAPITAN.—Bueno, hay que irse a trabajar. (*Deja unas monedas en el mesón*). Hasta más tarde, pues, y gracias.

EL TABERNERO.—Gracias a usted, capitán.

EL CAPITAN.—Vaya a verme a bordo. Y saludeme a la señora.

EL TABERNERO.—En su nombre.

EL CAPITAN.—Hasta luego, Andrés. Hasta pronto, Bernardo.

ANDRES.—Adiós, capitán. (*Vase el Capitán, seguido del Marinero*).

EL TABERNERO.—Bueno, bueno... (*Pone cerveza en los vasos*).
¿Sabes lo último, Marina?... El hombre misterioso resultó ser un coleccionista de pájaros raros.

MARINA (*entrando*).—¿El inglés...?

EL TABERNERO.—Coleccionista de pajarracos.

MARINA.—Bien me había parecido que andaba en algo por el estilo.
(*Se ríe, divertida. Pausa*).

EL TABERNERO.—Aquí están los encargos que nos trajo el capitán.

MARINA.—Ah, mis discos... Qué bueno es el capitán.

EL TABERNERO.—Vamos a probarlos. A ver si atraen gente. (*Saca una grabación y la pone en la victrola*). Bernardo, venga a oír la música. (*Bernardo no le oye*).

MARINA.—Bernardo. (*Bernardo no le oye*).

EL TABERNERO.—Está sordo. (*Empieza a sonar el aparato*). ¡La música, Bernardo!

BERNARDO (*saliendo de su abstracción*).—¿Cómo?

MARINA.—Oiga la música.

BERNARDO.—... ¿Qué música?

EL TABERNERO (*señalando la victrola*).—¿No la oye?

BERNARDO (*oyéndola sólo entonces*).—... Ah...! (*Se acerca con pesadez, sin prestar atención. El Tabernero suspende la música*).

MARINA.—¿Qué le ocurre?... ¿Por qué tan distraído?

TABERNERO.—Está preocupado "el hombre rico".

ARTEMIO (*punzante, desde su asiento*).—Tal vez aspira a ser "más rico" todavía, riquísimo...! (*Ríe sardónico. Bernardo se vuelve despaciosamente hacia él, y le dirige una mirada siniestra*).

T E L O N

Cuadro 2º

HABITACION DE MORTIMER, en casa de doña Emilia. Al fondo, ventana que, al abrirse, dará vista a un bosquecillo. Es de noche. Inclinado sobre una mesita, a la luz de una lámpara de bencina, Mr. Mortimer escribe unas notas con su estilográfica. Cuando ha terminado de escribir, se guarda la libreta y pone en orden los libros y demás útiles que hay en la mesa. Entonces se hace presente DOÑA EMILIA, cuya entrada no distrae ni hace volverse al huésped.

EMILIA.—Perdone usted, señor Mortimer; quieren verle ahí...

MORTIMER.—(*tras un silencio*).—¿Quieren verme?

EMILIA.—Don Bernardo Camacho.

MORTIMER.—No sé quién es.

EMILIA.—Necesita hablarle.

MORTIMER (*tras de pensarlo*).—Hágalo pasar. (*Vase Emilia. Mortimer se pone de pie y echa una ojeada sobre la habitación; luego queda en actitud de aguardar al anunciado. Entra Bernardo, con afectada tranquilidad, y cierra la puerta tras de sí. Mortimer lo observa con calma. Hay un momento de silencio*).

BERNARDO.—Buenas noches, señor. (*Habla en voz baja, tono que mantendrá durante toda la entrevista*). Gusto de saludarlo.

MORTIMER (*frío*).—Buenas noches.

BERNARDO.—Ante todo..., supongo no le seré molesto.

MORTIMER.—Hay que ver de qué se trata.

BERNARDO.—Ah, bien. (*Sonríe con torpeza*). Lo que me trae aquí... es algo que usted no se esperaba, tal vez. (*Pausa*).

MORTIMER.—Vamos al asunto.

BERNARDO (*tras una vacilación*).—Ante todo quiero explicarle que, aunque quizá usted no me conoce a mí, yo sí le conozco a usted... Lo que quiero significarle es que le veo a menudo. En una palabra: que sé a qué ha venido usted a la isla. (*Sonríe*).

MORTIMER.—¿Sí?

BERNARDO.—Sí.

MORTIMER.—¿A qué he venido yo a la isla? (*Está estirado en toda su estatura; su mirada perforante persigue a la de su interlocutor*).

BERNARDO.—Oh... es de esto que vamos a hablar... Pero antes...

MORTIMER (*lo interrumpe*).—¿A qué he venido yo a la isla?

BERNARDO.—Usted lo sabe y yo también.

MORTIMER.—¿Cómo es que lo sabe usted?

BERNARDO.—Cómo lo sé... Bueno, todo llega a saberse... A veces basta una mirada... (*Se sonríe con vago cinismo*). Desde un principio, yo supe a qué venía usted aquí.

MORTIMER.—¿Y cómo?

BERNARDO.—Tal vez lo adiviné. Estamos, señor, en una roca, entre un puñado de habitantes. Un secreto, aquí, no puede durar.

MORTIMER.—¿Tengo yo algún secreto?

BERNARDO.—Lo tenía; ya no lo tiene, al menos para mí.

MORTIMER.—Ah... ¿Y cuál es ese secreto? Es tiempo ya de que lo diga. Quiero, además, saber qué necesita de mí. *(Breve pausa)*.

BERNARDO *(decidiéndose al fin)*.—Pues, allá vamos. *(Se acerca hasta casi tocar a Mortimer, y dice en voz baja y hueca)*: Ha venido usted... *(Mira en derredor)*. Ha venido... a buscar entierros... de piratas. *(Pausa)*.

MORTIMER *(tranquilo)*.—Entierros de piratas... *(Da unos pasos; luego se planta delante del otro para decirle)*: Se ha equivocado usted.

BERNARDO *(firme)*.—No.

MORTIMER.—Le digo: se ha equivocado.

BERNARDO.—No. Usted lo sabe: no me he equivocado. *(Breve pausa)*.

MORTIMER.—Es absurdo. *(Bernardo se sonríe)*. ¿Se ríe usted?... Soy yo quien debería reír.

BERNARDO.—No, señor.

MORTIMER.—Es completamente absurdo... ¡Buscador de entierros!...

BERNARDO *(bajando aún la voz)*.—Yo le veo a usted todos los días... *(Le pone la mano en la solapa; Mortimer se la quita)*. Usted sube al monte, arriba... Pero yo estoy más arriba aun: en la cumbre, en los picachos. Soy cazador de cabras... Y desde allí le veo a usted. Se ve pequeñito, como un enano: pero yo tengo los ojos de águila, y sigo todos sus movimientos...

MORTIMER.—Está engañado. Voy al monte por investigaciones científicas. *(Sonríe por la primera vez)*. Mientras usted caza cabras, yo cazo insectos.

BERNARDO.—Y cava la tierra...

MORTIMER.—Pues, claro. También hay vida bajo tierra. *(Viendo que Bernardo se sonríe)*. ¿Tendré que mostrarle mis papeles, mis instrumentos y mis libros?... Antes que eso, le diría: “Váyase al cuerno”.

BERNARDO.—Sus libros, ¿eh? *(Toma los que hay sobre la mesa y lee)*: “LOS PIRATAS EN EL PACIFICO”. *(Mira a Mortimer triunfalmente)*.

MORTIMER.—Ah, los títulos de mis lecturas indican lo que soy...

BERNARDO.—Compartiendo utilidades, por supuesto. Se trata de un negocio.

MORTIMER.—Ya, ya. ¡Resulta, entonces, que el buscador es usted!

BERNARDO *(lee)*.—“MEMORIAS DE UN TERRORISTA”.

MORTIMER *(con humor)*.—¡Diablo!, soy también lanzador de bombas... Esto se complica.

MORTIMER.—¡Demonio!, ¡también soy detective! ¡Tiro la bomba y

BERNARDO *(lee)*.—“AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES”. luego yo mismo investigo quién la tiró...! *(Bernardo deja los libros, sujetando su naciente cólera. Mr. Mortimer, con serenidad, pone tabaco en el hornillo de su pipa)*. En resolución, señor ¿qué quiere usted de mí? Suponiendo que soy un buscador de entierros, ¿qué quiere hacer conmigo?

BERNARDO.—Quiero ayudarlo en su búsqueda.

MORTIMER.—Ah, quiere ayudarme. Muy amable.

BERNARDO.—Compartiendo utilidades, por supuesto. Se trata de un negocio.

MORTIMER.—Ya, ya. ¡Resulta, entonces, que el buscador es usted!

BERNARDO.—Ambos. Esta es la verdad. *(Mira en derredor)*. Durante mucho tiempo, yo he estado buscando ese tesoro fabuloso que hay enterrado en la isla. Pues él existe, de ello no hay duda alguna... Pero yo soy un rústico: busco a tontas y a locas... Usted, en cambio, es un hombre preparado: trae sus conocimientos, referencias, planos...

MORTIMER *(burlesco)*.—Y una ganzúa para abrir los cofres.

BERNARDO.—Uniéndonos los dos, cuánto podríamos hacer. Usted aporta su ciencia, yo, mi práctica del terreno. Conozco la isla hasta el último rincón. *(Pausa)*.

MORTIMER *(fumando en gran estilo)*.—De manera, pues, que ya no va usted a dejarme en paz. Será mi perseguidor constante... Pero, ¿y si yo lo denuncio a la autoridad por majadero?

BERNARDO.—Es un negocio. No vine sino a proponérselo.

MORTIMER.—En tal caso, el objeto de su visita está cumplido.

BERNARDO.—¿No hay, pues, nada más que hablar?

MORTIMER.—Por mi parte, nada más.

BERNARDO *(tras un silencio)*.—Si es así, no le sigo molestando... Pero no lo olvide: estaré siempre dispuesto a ayudarle.

MORTIMER.—Lo que persigue es que yo le ayude a usted.

BERNARDO.—Que nos ayudemos el uno al otro. *(Van caminando hacia la puerta)*.

MORTIMER.—Mi ayuda le sería onerosa. No entiendo en esa especialidad.

BERNARDO.—Yo creo que entiende. Buenas noches.

MORTIMER.—Muy buenas noches.

BERNARDO.—*(Se retira, pero en el umbral se detiene para decir)*: Mi nombre es Bernardo Camaecho. Hasta otro día. *(Vase. Por largo rato, Mortimer queda inmóvil, como escuchando todavía al visitante; luego pasca arriba y abajo, las manos a la espalda, saboreando el humillo aromático. Una sonrisa le vaga por los labios; de pronto le sale una carejada magnífica, que lo hace estremecerse... Entra doña Emilia)*.

EMILIA.—¿Me pareció que llamaba, señor Mortimer?

MORTIMER.—No: fué una risa. *(Se sienta en un sillón)*.

EMILIA.—Si desea usted comer... *(Recorre la estancia poniendo orden)*. Tenemos sopa de langostinos esta noche... *(Al cabo de un silencio)*. Es verdad, señor Mortimer, lo del entierro.

MORTIMER *(muellemente repantigado)*.—¿Cómo?

EMILIA.—Digo que es verdad lo del entierro.

MORTIMER.—Oh... también usted. ¿Es que se confabulan?

EMILIA.—¿No hablaban de esto con don Bernardo?

MORTIMER *(con desagrado)*.—¿Oía usted lo que hablábamos?...

EMILIA.—Se oye todo a través del tabique.

MORTIMER.—¡Ese hombre está chiflado!

EMILIA.—No, señor Mortimer. Es verdad lo que él dice. Hay un entierro.

MORTIMER *(contemplando las volutas)*.—No creo en los entierros. No creo una palabra.

EMILIA.—¿No cree?... Yo sí creo.

MORTIMER (*echado atrás, los ojos entrecerrados*).—¿Por qué cree?

EMILIA (*se sienta allí cerca*).—Por cosas que han ocurrido. (*Mortimer fija en ella su vista*). De sólo recordarlo, se me pone la carne de gallina.

MORTIMER.—¿Es posible?

EMILIA (*misteriosa*).—Hay un fantasma que se aparece. El fantasma de un pirata.

MORTIMER (*tomando interés*).—¿Cómo es eso?

EMILIA.—Se ha aparecido dos veces. Sale de noche, en el monte...

MORTIMER.—¿Usted lo ha visto?

EMILIA (*se persigna*).—Ni lo quiera Dios. Lo han visto los que iban a buscar el entierro.

MORTIMER (*tocándola en el hombro*).—Cuénteme eso.

EMILIA.—El pirata cuida su tesoro; no quiere que lo saquen.

MORTIMER.—Ahá... Pero, ¿y cómo, si no es más que un fantasma?...

EMILIA.—Lo cuida. Se aparece de repente, y los hombres huyen aterrorizados, y nunca más se atreven a volver.

MORTIMER.—Cuénteme, cuénteme.

EMILIA.—A dos, ya, les ha pasado esto. Yo conocí a los desgraciados. Uno quedó medio loco, y tuvieron que llevárselo al continente. El otro perdió el habla y se le puso el pelo blanco... El terror los pone así.

MORTIMER (*fumando con calma*).—¿Dónde son las apariciones?

EMILIA.—Arriba, en la parte que llaman "La Quebrada"... Nadie se atreve ahora a llegar allí.

MORTIMER.—¿No saben el sitio preciso?

EMILIA.—"La Quebrada". Ahí está el entierro. (*Se pone de pie*).

MORTIMER.—De modo que ahí puede verse al espíritu.

EMILIA.—Lo han visto, señor, lo han visto.

MORTIMER.—Cuando la gente quiere ver fantasmas, termina por verlos.

EMILIA.—Recuerde el decir: "No hay que creer en los aparecidos, pero tampoco hay que fiarse de ellos".

MORTIMER.—Patrañas. Dejemos a ese Bernardo con su manía... (*Se levanta*). ¿Decía usted que teníamos sopa de langostinos?

EMILIA.—Voy a servirle. También tengo vino ahora: me llegó un cajón en la goleta.

MORTIMER.—No, nada de alcohol esta noche. ¿Esto es el trópico! (*Va hasta la ventana y la abre de par en par... Pero entonces descubre una cosa insólita: Andrés, el joven colono, está allí, pegado al alféizar, en actitud de espionaje. Al verse, ambos hombres dan un instintivo paso atrás, mientras Emilia exhala un grito. Hay una pausa embarazosa*).

EMILIA.—Andrés, ¿qué hace usted ahí?

ANDRES (*aturdido*).—Perdone... Buenas noches. (*Se aleja, avergonzado*).

MORTIMER.—¿Quién es ése?

EMILIA.—Es Andrés, el hijo de don Bernardo. (*Mortimer se asoma a mirar afuera; luego cierra la ventana y enciende la pipa que se ha apagado*). ¿Vaya un susto, señor Mortimer!

MORTIMER.—Conque, el hijo de Bernardo, ¿eh?

EMILIA.—¿Qué tendría que estar haciendo ahí?... Es un muchacho honorable y serio... (*Vase. Mortimer mira fijamente hacia la ventana, sin dejar de fumar con su flema inalterable*).

MORTIMER.—Con éste, ya son dos... (*Se sienta, o mejor, se echa en el sillón, y quédase mirando delante de sí. Lentamente, pero con poderosa voz*): Los lobos... Ya olieron; ya empiezan a rondar.

T E L O N

Cuadro 3º

LA CALETA DE PESCADORES, al anochecer. Al fondo, la casita de Artemio, tras de cuya ventana parpadea una luz. Hay redes puestas a secar y otros utensilios tirados por el suelo. Se oye muy próximo el rumor de la resaca. Por un lateral, sobresale la proa de la chalupa del viejo, varada en la arena, y en cuyo palo arde el farol de aceite. Sentado a su bordo, el pescador trabaja en la reparación de una vela. Canturrea, y de vez en cuando se interrumpe para echar un trago de la botella que tiene a su alcance. A poco sale de la casa DOROTEA, su mujer, quien lo observa desde el umbral.

DOROTEA.—Artemio, estás trabajando a ciegas. ¿Por qué no te entras?

ARTEMIO (*sin mirarla*).—Todavía tengo un poco de luz. Déjame terminar.

DOROTEA (*viene a la playa y se sienta en la borda de la embarcación. Viendo que Artemio empina el codo*): Pero, ¿te estás emborrachando otra vez?...

ARTEMIO.—Estoy bebiendo a tu salud.

DOROTEA.—Pasas pendiente de mi salud. ¡Dame esa botella!

ARTEMIO.—Deja, deja.

DOROTEA.—¡Dámela! (*Le quita la botella*). Qué vergüenza. Un día te perderás, cuando el temporal te sorprenda borracho en el mar.

ARTEMIO.—Por el contrario: el vino me da valor en el peligro.

DOROTEA.—Pero ahora no estabas en peligro.

ARTEMIO.—Claro que sí; en el peligro de que me quitaras la botella!

DOROTEA.—Sí, te la quité. (*Se para*). Y entrate ya, que es la hora de comer. (*Vuelve a la casa*).

ARTEMIO.—Pregunto yo: ¿para qué cosa buena sirve una vieja? (*Coloca la vela en el palo. Llega Bernardo*).

BERNARDO.—Artemio, ¿has visto a Andrés?

ARTEMIO (*sin mirarlo*).—¿A Andresito? No, no le he visto.

BERNARDO.—Si viene por aquí, dile que vaya inmediatamente a casa.

ARTEMIO (*con intención*).—¿No le busqué por “La Quebrada”?...

BERNARDO.—Nada tiene que ir a hacer allí.

ARTEMIO (*con una risita*).—Usted tampoco... y sin embargo, suele alcanzar por allá... (*Mientras dispone las amarras de la vela*).

BERNARDO (*da un paso y lo mira con contenida cólera*).—¿Y qué?

ARTEMIO.—Nada. Que como ahora aquél es el paseo favorito...

BERNARDO.—¿Qué quieres decir, Artemio? No te sobrepases.

ARTEMIO (*sale fuera del bote*).—¡Ah!, me guarda rencor por lo que dije en la taberna: “El señor Bernardo quiere ser riquísimo”... Pero si el chiste quedaba entre los dos!

BERNARDO.—Es que yo no quiero chistes contigo, Artemio. La lengua hay que sujetarla. Más de alguno se perdió por ella.

ARTEMIO.—¿He de perderme yo también?

BERNARDO.—Eso, tú lo has de ver.

ARTEMIO.—Está bien, entonces. Quede advertido. *(Transición)*. ¿Será usted tan amable que me ayude a empujar la chalupa?... Yo ya no tengo fuerza. *(Entre los dos empujan la embarcación y desaparecen con ella. A poco llega Andrés por el otro lado)*.

ANDRES.—¡Hola, padre...!

BERNARDO *(que reaparece solo)*.—Andrés, te estoy buscando hace rato.

ANDRES.—Yo también te buscaba a tí.

BERNARDO.—Sabes que tu madre está grave y te necesita.

ANDRES.—Yo no lo olvido.

BERNARDO.—Sabes también que sólo tú puedes auxiliarla. Hace una hora debías haberle puesto ese suero.

ANDRES.—Perdona, padre. He ido a la casa y no estaban allí las ampollitas.

BERNARDO.—¿Cómo que no? ¿Dónde están, entonces?

ANDRES.—¡En tu bolsillo!

BERNARDO.—¡Oh...! *(Saca la caja)*. ¿Cómo ha podido ser esto?... Hubiera jurado que las dejé allá... ¡Vamos andando! *(Vanse a grandes pasos. Vuelve Artemio con unas redes, que extiende en el suelo. Dorotea, que ha estado presenciando la escena anterior desde la ventana, viene despaciosamente al encuentro de su marido. Algo se trae en la cabeza)*.

DOROTEA *(intrigada)*.—Oyeme una cosa... ¿En qué andan esos señores?

ARTEMIO *(sin mirarla)*.—¿Los señores?

DOROTEA.—En algo andan, ¿no?

ARTEMIO.—¿Cómo lo sabes?

DOROTEA.—Eso se huele en el aire.

ARTEMIO.—¿Qué crees tú que es?

DOROTEA.—Algo es. Se nota desde hace días.

ARTEMIO.—¿Lo adivinas?

DOROTEA.—No, pero adivino que tú lo sabes.

ARTEMIO.—No lo sé.

DOROTEA.—Lo sabes.

ARTEMIO *(mirándola al fin)*.—¿Querrías saberlo tú también?... ¿Y qué me das por ello? *(Se sientan en un cajón que tienen detrás)*.

DOROTEA.—¿Qué puedo darte yo?

ARTEMIO.—Eso... lo que tienes ahí.

DOROTEA.—¿Qué tengo?

ARTEMIO.—Sácalo.

DOROTEA *(saca la botella)*.—Sabía que me la ibas a pedir.

ARTEMIO.—Y yo sabía que me la ibas a ofrecer.

DOROTEA.—Habla, pues.

ARTEMIO.—Antes quiero probar. *(Ella le da la botella)*. Y, ¿qué harás con el secreto?

DOROTEA.—Lo guardaré.

ARTEMIO.—¡Puah! Mañana lo sabrá todo el mundo.

DOROTEA.—¿Qué te crees que soy?

ARTEMIO.—Una mujer, y por añadidura, una vieja. Pero, ¿qué importa que se sepa y que lo sepan todos?... De cualquier modo, yo no habré de tocar nada. ¡El pobre no toca nada! *(Con la botella en alto)*. ¡A la salud de los que esperan tocar algo!... *(Bebe, empujando con una suerte de desesperación. Ella lo mira, expectante)*.

T E L O N

Cuadro 4º

“LA QUEBRADA”, muy al interior de la isla, en lo más espeso de la selva. Es de noche; la luz de la luna ilumina la espesura, comunicando a los árboles y a las trepadoras una tétrica apariencia. Sólo se oye el canto de los grillos y el croar de las ranas en una charca próxima... Aparecen por el fondo DOS MUCHACHOS que se hallaban ocultos detrás de un tronco gigantesco. Vienen de puntillas hasta detenerse en el centro del lugar. Están atemorizados: miran en derredor con sobresalto.

MUCHACHO 1.º—Vámonos. Ya no vendrá.

MUCHACHO 2.º—Chüit... Espera un poco.

MUCHACHO 1.º—Es muy tarde. Ya no viene.

MUCHACHO 2.º—¿Tienes miedo?

MUCHACHO 1.º—¿Yo?... ¿Qué te crees?

MUCHACHO 2.º—Entonces, espera.

MUCHACHO 1.º—Te digo que ya no viene. Nadie es tan valiente para venir solo. ¡Vámonos!

MUCHACHO 2.º—Pues, yo me quedo.

MUCHACHO 1.º—Pues, yo me voy. (*Vase. Su compañero, al verse solo, sale corriendo en su seguimiento. Se sucede un largo intervalo de silencio, hasta que entra Mortimer, por el extremo opuesto. Trae su linterna eléctrica, que apaga y guarda al llegar; en la otra mano tiene la redecilla para cazar insectos. Echa un suspiro y se enjuga la frente; luego se sienta en un tronco, con la mayor naturalidad.*)

MORTIMER (*observa el bosque; se sonríe*).—Beautiful place for a ghost... Yes, yes... (*Mira el denso ramaje de los árboles*). Oh, the right place... (*Pausa. Se levanta y pasea hacia adentro de lo espesura. Alumbrá los árboles con el foco. Se acerca a examinar unas plantas. Finalmente vuelve a sentarse en el tronco*). Yes, the right place for a ghost...

UNA VOZ (*hacia el fondo*).—The right place.

MORTIMER (*se vuelve*).—¡Hola! ¿Quién hay ahí?... (*Escucha*). No es mi eco, ¿eh?

LA VOZ.—No, no es tu eco.

MORTIMER.—No veo a nadie. (*Enciende la linterna*).

LA VOZ.—Menos puedes verme con luz.

MORTIMER.—(*apaga*).—Tenga la bondad de acercarse. No es correcto conversar escondido.

LA VOZ.—Por supuesto que no. (*Aparece, muy al fondo, medio oculto entre las ramas, EL FANTASMA DEL BUCANERO. Viste el fastuoso ropaje de los comandantes de piratas en el siglo XVII, y su imponente estatura es realzada por el sombrero de alas enormes, con adorno de plumas de avestruz. Una claridad fosforescente lo alumbrá y lo envuelve en un nimbo fantástico.*)

Se mueve y habla con lentitud. Después de un silencio: ¿Me ves ya?

MORTIMER.—Ahora sí. (*Pausa. Mortimer no se ha inmutado en su asiento. Están muy lejos el uno del otro.*)

EL FANTASMA.—Pero, no te mueves siquiera.

MORTIMER.—¿Por qué he de moverme?

EL FANTASMA.—Eres el primer hombre que no me saluda con un alarido.

MORTIMER.—El saludo revela a la persona. Yo fui educado en Oxford.

EL FANTASMA.—Nadie, hasta ahora, se aguantó a pie firme delante de mí.

MORTIMER (*se para*).—El pulso, nada más, se me alteró al verlo aparecer. No crea que me asusta. Ha querido espantarme, pero no contaba con mis excelentes nervios ingleses.

EL FANTASMA.—Ya lo veo. (*Con humor*). No hay cómo asustar a un inglés.

MORTIMER.—Es bien difícil. (*Breve pausa*).

EL FANTASMA.—Y, ¿a qué vienes por aquí?

MORTIMER.—Ando en busca de una mariposa.

EL FANTASMA.—¿Una mariposa...?! ¿Es que quieres chancearte?... Esto ya es demasiado.

MORTIMER.—Busco la mariposa gigante, la *Australis Doritis Gigantea*, única en el mundo, que existe aquí. (*Le muestra la redecilla*).

EL FANTASMA.—La mariposa gigante... (*Ríe*). ¡A fe que es un pretexto encantador!

MORTIMER.—Nadie me cree, maldita sea.

EL FANTASMA.—Ni te van a creer. Inventa algo más verosímil... No se viene a “La Quebrada” con objeto tan inocente. (*Con cólera*). ¡Aquí sólo se viene en son de robo y de despojo!

MORTIMER.—Yo no vengo en son de robo. La mariposa no es de nadie; puedo cazarla libremente.

EL FANTASMA.—Mentecato: atravesaste el mar para saquearme.

MORTIMER.—Lo crea o no; llegué aquí con un solo pensamiento: la mariposa. Por ella atravesé el mar. Esos locos inventaron que busco un entierro; y uno de ellos, el más loco de todos, fué a proponerme que lo buscásemos juntos... Han ido más lejos todavía; sin que yo averiguase nada, se han adelantado a indicarme el lugar donde puede hallarse el tesoro!

EL FANTASMA.—Debes estarles agradecido... Han dirigido tus pasos certeramente hasta el sitio preciso. Porque es lo cierto que ahí donde estás, y no más allá ni más acá, yace lo que tantos “cazadores de mariposas” han buscado inútilmente... (*Se sonríe de manera diabólica*). Debajo de tus pies está ese entierro famoso. Lo estás pisando, y bastaría que cavases dos varas para alcanzarlo.

MORTIMER (*mordaz*).—Vea usted. Lo que falta es que me ayude a sacarlo y a transportarlo!

EL FANTASMA.—No haré tanto. Hay bastante con decirte dónde está.

MORTIMER.—¿Qué amable es al decírmelo!

EL FANTASMA.—Trae tu herramienta y cava. (*Sombrio*). Róbame, que no puedo evitarlo.

MORTIMER.—¿Es tan fácil, pues?

EL FANTASMA.—Sacarlo es fácil. Conservarlo ya te será más difí-

cil... ¡y ahí estará mi desquite! (*Lanza una carcajada satánica*). ¡Tendrás que ver lo que es eso!... ¡Todos contra ti! ¡Tú solo contra todos!... (*Se acerca unos pasos. Sigue riendo potentemente*). Pero eres valiente y puedes intentarlo. Y desde luego que merece la pena... Son siete cofres de hierro, forrados en cuero de hipopótamo, y tan pesados que todos mis bandidos trabajaron para traerlos... Hay en ellos bastantes perlas auténticas para adornar las coronas de todos los monarcas de la tierra; bastante plata para fundir una campana que despierte a los avaros en tres comarcas a la redonda; oro en polvo, en barras y en moneda para hacer un montón tan grande que pueda revolcarse en él un judío gordo. Todo esto sería tuyo, porque no puedo impedir que lo saques... Y si logras escapar, si traspones el mar con tus siete baúles, tendrás el mundo a tus pies. Caminarás por entre avenidas de sonrisas, bogarás en lagunas de lisonjas, de elogios y de aplausos. No habrá hombre que no ansie tu amistad, así seas tú sordomudo o leproso; ni habrá mujer que no traicione por tí a su elegido. Poderoso como un consorcio de Bancos, adulado como un conquistador, respetado y servido como sátrapa, todas tus faltas te serán perdonadas y todos tus crímenes olvidados... Un movimiento de tu dedo, un gesto, una mirada, y no habrá deseo tuyo que al instante no se cumpla. ¡Qué inmenso, qué terrible poder...! (*Pausa. Transición*). Pero antes, ¡por qué pruebas debes pasar! ¡Oh, por qué pruebas...! (*Ríe demoníacamente*). Rodeado del agua del océano, sin escapatoria posible, y con toda la turba persiguiéndote, acosándote, aecchando tu sueño o tus descuidos. Tendrás que ver lo que es eso... Solo en el mundo, contra el mundo. Condenado a no dormir, que te asesinan, y a no comer, que te envenenan; destinado a muerte segura... ¡Acorralado como un animal feroz por el feroz animal que es el hombre; infinitamente indefenso y expuesto, y tan solitario como nunca lo estuvo nadie...! (*Se va alejando*). ¿Te atreves?... ¿Te atreverás?... (*Medio oculto en el matorral*). No volverás a verme; pero asistiré a tu hazaña, si la intentas. (*Desde muy lejos*). ¡Oh, no seré yo quien te estorbe! Para eso habrá otros piratas, que la tierra está poblada por ellos. (*Desaparece*).

MORTIMER (*tras un largo silencio, repite maquinalmente las palabras del Fantasma*).—“Siete cofres. Debajo de tus pies están”... “No más allá, ni más acá”. (*Da unos pasos con inseguridad*). “Solo en el mundo, contra el mundo”... “Rodeado del agua del océano”... “¿Te atreves? ¿Te atreverás?”

T E L O N

ACTO SEGUNDO

Cuadro 1°

VERANDA DE LA CASA DEL GOBERNADOR. Hallándose ésta en una eminencia y algo apartada, tiene perspectiva sobre el poblado: unas cuantas casitas con su misérrima iglesia de madera, a la orilla del mar. Se divisa la "Gacela", al ancla en medio de la ensenada. Es en las últimas horas de la tarde. EL GOBERNADOR, vestido de blanco y con un pañuelo en la cabeza, a la usanza de los piratas, departe con sus amigos, sentados en las sillas de lona: son éstos el Capitán, Andrés, el Tabernero y Bernardo— también este último con pañuelo de pirata.

EL GOBERNADOR (abanicándose con un periódico).— Tenemos sobre 30 grados a la sombra.

EL CAPITAN.— No recordaba yo un verano tan fuerte en esta zona. Se diría que estamos en el Africa.

BERNARDO.—Y el gobernador completa la ilusión, vistiendo a la africada. (Alude a la tenida de brin).

EL GOBERNADOR.— No me acostumbro a este clima endemoniado. (Entra ESTRELLA, la hija del Gobernador, vestida de seda roja, trayendo unas bebidas).

EL CAPITAN.— ¡Ah, bienvenida mi amiga Estrellita!... Ese jarabe nos hará renacer.

ESTRELLA.—Lo preparé por mi mano, capitán.

EL CAPITAN.—¡Por eso lo digo! (Beben. Están todos muy alegres).

EL GOBERNADOR.— (a Estrella).— Mi niña, siéntese entre sus dos amores. (Ella se sienta entre el Gobernador y Andrés).

EL CAPITAN.— Se impone un brindis por esa pareja romántica. En cada viaje, les encuentro más adelantados.

BERNARDO.— Sí, es tiempo de ofrecer por ellos.

EL CAPITAN (el vaso en alto).—¡Por Estrellita y por Andrés!

EL GOBERNADOR.—¡Lo oyes, Estrella?

EL CAPITAN.—¡Que todo les una, y que nada les separe!

EE GOBERNADOR.—¡Lo oyes, Andrés? (Bebe con alegría).

EL CAPITAN.— ¡Y que en mi próximo viaje, me muestren ya la argollas!

ESTRELLA.—¡Por Dios, va demasiado aprisa, capitán Nur!

EL CAPITAN.— ¡Así es como hay que ir, amiguita, viento a una largo y reventando velas!

EL TABERNERO.— A propósito, ¿no estaba el señor cura invitado?

EL GOBERNADOR.— ¡Por qué "a propósito"?

EL TABERNERO.— Porque si se aparece por aquí, el capitán precipita la boda! (Risa general).

EL GOBERNADOR.— Le invité, en efecto, pero se excusó. Nunca puedo reunirlos a todos. Otro invitado era el señor..

BERNARDO (con nerviosismo).—¿Mortimer?

EL GOBERNADOR.—Sí. Me mandó decir que estaría ocupadísimo.

EL TABERNERO.—Persona extraña el señor Mortimer...

EL GOBERNADOR.—No lo crea usted. Ha venido a visitarme y puedo asegurarle que no es el insociable que parece. Es un conversador muy ameno. Me dió, por ejemplo, noticias de la flora de la isla, que yo no sospechaba. Resulta que hay plantas aquí que no existen en ninguna otra parte. Y me trajo como obsequio, una que jamás había visto yo.

BERNARDO (inquieto).—¿Dónde la encontró?

EL GOBERNADOR.—En la montaña, me dice, muy al interior.

EL CAPITAN.—Me la va a enseñar usted. También soy aficionado a la botánica.

EL GOBERNADOR.—Podemos verla ahora mismo. Es una curiosidad de nuestra isla encantada.

EL TABERNERO.—Me interesan los descubrimientos de ese hombre raro. (*Se levantan todos, excepto Andrés y Estrella*).

EL CAPITAN.—¡Oh! de raro no tiene más que el talento.

EL GOBERNADOR.—Pasemos al jardín. (*Salen. Momento de silencio*).

ESTRELLA.—Y tú, no vas a ver la flor...

ANDRES.—Yo tengo una para mí solo.

ESTRELLA.—¿Cuál es?...

ANDRES.—Dilo tú misma.

ESTRELLA (*la vista baja*).—Estrella. (*Se besan. Caen en silencio. Ella se levanta y lo acaricia con cierto amor triste. Sonríe dichosa de pronto, y le da de beber teniéndole el vaso, en el que ella bebe después*).

ANDRES.—Siéntate. (*Estrella se sienta al frente suyo y, la barbilla en la mano, lo contempla*). Siéntate a mi lado.

ESTRELLA.—Me gusta mirarte a los ojos, de frente. (*Breve pausa. El se levanta con agilidad; ella lo imita y cae en sus brazos*).

ANDRES.—Míralos.

ESTRELLA.—Son grandes y vivos: no empujan. (*Se contemplan sin hablarse, hasta que ella exclama*): ¡Cómo te quiero! (*E incapaz de contenerse, vencida, llora en el pecho del joven*).

ANDRES.—Siempre lloras. No me lo explico.

ESTRELLA.—Me ocurre esto desde el día que te conocí... Lloro, lloro. Y de noche, no puedo dormir.

ANDRES.—Te pondrás enferma.

ESTRELLA.—Desde mi cama veo tu ventana iluminada, y estoy mirándola hasta que apagas tu luz... (*Serena*). ¿Qué te quedas haciendo?

ANDRES (lejano).—Pensando, dormitando...

ESTRELLA.—A veces da la medianoche, y tu luz sigue encendida..., sin que yo pueda dejar de mirarla. (*El la estrecha contra sí. Ella se desprende para decirle*): Andrés, si un día llegaras a faltarme..., si llegara a no tenerte...

ANDRES.—¿Qué? Dilo.

ESTRELLA (*se estremece*).—¡No me atrevo! (*El la lleva por la veranda. Miran hacia el mar, la cabeza de la muchacha en el hombro de él*). Allí está la "Gacela"... Dime que es verdad que no te vas.

ANDRES (*enigmáticamente*).—Postergué el viaje; tengo algo que hacer aquí. (*Se van, tomados de la cintura. A poco vuelven el Gobernador y*

Bernardo, quienes se sientan cerca el uno del otro. Bernardo parece muy inquieto).

EL GOBERNADOR.—¿Qué horno, Bernardo. ¿No se cuece usted?

BERNARDO (*de pronto*).—Mi futuro consuegro: quiero aprovechar la oportunidad para hablarle de algo...

EL GOBERNADOR.—Disponga de mí.

BERNARDO (*vacila*).—Es el caso, que he decidido comprar una tierra.

EL GOBERNADOR (*le mira con el rabillo del ojo*).—¿Una tierra?

BERNARDO.—Y quiero presentar la oferta por su intermedio.

BERNARDO (*lose*).—Eh... "La Quebrada" y sus alrededores.

EL GOBERNADOR (*se estira eléctricamente en el asiento*).—¿Cómo...??

BERNARDO.—"La Quebrada". (*Se miran, mudos*).

EL GOBERNADOR.—¿Comprarla, dice?

BERNARDO.—Sí, sí. (*Pausa*).

EL GOBERNADOR.—Bernardo, amigo mío..., llega usted atrasado.

BERNARDO.—¿Cómo que atrasado...?

EL GOBERNADOR.—Tal como lo oye. Hay un interesado anterior.

BERNARDO (*admirado*).—¿Es posible?... ¿Quién puede ser?

EL GOBERNADOR.—Su servidor y amigo. (*Pausa. Con cinismo*).

¿No le había hablado de esto?

BERNARDO (*aturdido*).—Pero, oiga usted... Yo tengo aquí la solicitud... Iba a hacer que el capitán la llevase...

EL GOBERNADOR.—Yo ya le entregué la mía... justamente esta mañana. (*Pausa*).

BERNARDO.—Vaya una sorpresa que me da.

EL GOBERNADOR (*con descaro*).—Es un antiguo proyecto, compatible con mi cargo... Voy a explotar la madera.

BERNARDO.—¿La madera?... ¿Qué dice usted?... Allí no la hay.

EL GOBERNADOR (*nervioso*).—Oh, cómo puede decir eso... Me sorprende, Bernardo. No se ve más que árboles.

BERNARDO.—Inservibles, o inalcanzables. (*Se produce una embarazosa pausa. Ambos carraspean, se revuelven en las sillas*).

EL GOBERNADOR.—Y usted, si puede saberse, ¿qué pensaba hacer allí?

BERNARDO.—¿Yo?... Pues... echar a pastar mis animales.

EL GOBERNADOR.—¿Sus cabras!... (*Ríe a carcajadas*). ¡Hombre de Dios! Esto sí que es gracioso.

BERNARDO.—¿Qué tiene le gracioso?

EL GOBERNADOR.—¿Dónde se ha visto a la cabritería viviendo en un lugar como ése?... Bernardo, no. Perdona. Hay cosas que ni el último lego puede ignorar. Y yo le digo a usted que una cabra, allí, o cualquier animal, se muere.

BERNARDO (*pillado*).—¿Por qué se muere?

EL GOBERNADOR.—¿Oh, si usted lo sabe!

BERNARDO.—No le entiendo a usted.

EL GOBERNADOR.—Ni yo a usted. (*Toses*).

BERNARDO.—Bueno... a qué disentir. Estoy desplazado. Usted ha

sido más expedito y va a explotar... ¡la madera! (Se ríe, mordaz y maligno).

EL GOBERNADOR.—Voy a hacerlo, aunque usted se ría... Pero hay tanta tierra disponible, Bernardo. No hay que afligirse.

BERNARDO.—Oh, si no me aflijo. (Se pone de pie). Claro es que no me lo esperaba. (Se inclina). Señor Gobernador, buenas tardes.

EL GOBERNADOR.—¿Se retira usted?

BERNARDO.—Voy andando.

EL GOBERNADOR.—Supongo, Bernardo, no se irá disgustado conmigo...

BERNARDO.—De ninguna manera.

EL GOBERNADOR (de pie).—Qué quiere, yo fui más listo...

BERNARDO.—Los línes siempre lo son. (Le tiende la mano).

EL GOBERNADOR.—Hasta pronto, Bernardo.

BERNARDO.—Hasta pronto, gobernador. (Sale a grandes trancos.

El Gobernador respira y se evjuga el sudor como después de un susto magno y cae sentado en una silla. Entra el Capitán).

EL CAPITAN.—Bellísima la flor, ¿verdad?

EL GOBERNADOR (ausente).—¿Qué flor?... Ah... (Transición).
Vea usted, capitán... Siéntese... Quiero hablarle.

EL CAPITAN.—A sus órdenes. (Se sienta).

EL GOBERNADOR.—Es que necesito hacerle un encargo para el continente.

EL CAPITAN.—Los que usted desee.

EL GOBERNADOR (tose).—Eh... es algo para el Ministerio de Tierras y Colonias... Si no es molestia que usted alcance por allá...

EL CAPITAN.—Un agrado, querrá usted decir.

EL GOBERNADOR.—Gracias. Se trata, pues... cómo decirlo... de una solicitud de compra... de una tierra.

EL CAPITAN.—¡Ah! de alguien que quiere comprar en la isla...

EL GOBERNADOR.—Sí... Es decir, soy yo quien desee comprar.

EL CAPITAN.—Caramba, va a convertirse en terrateniente... Cuánto gusto de saberlo.

EL GOBERNADOR (se levanta y pasca, nervioso).—Hace días que tengo este asunto entre cejas... Es un simple carta, que quiero me haga el favor de llevar.

EL CAPITAN.—Pues, claro. ¿La tiene usted ahí?

EL GOBERNADOR.—¡Eh!... tengo que escribirla. Ya le digo: pensaba hacerlo hace días... Es como si la carta estuviese escrita y despachada. Moralmente estaba escrita, ¿eh?

EL CAPITAN.—Sí. Sólo que... tiene que escribirla.

EL GOBERNADOR.—Tan pronto se retiren los amigos, voy a hacerla y a entregársela.

EL CAPITAN.—Perfectamente. No tengo prisa.

EL GOBERNADOR (respirando a sus anchas).—¡Muchas gracias, capitán! (Le estrecha la mano con efusión). ¡Muchas gracias! ¡Vamos a ocuparnos de esto!...

Cuadro 2"

CAMARETA DE LA "GACELA", por la mañana. El compartimento es pequeño y limpio. Por los ojos de bucy, se ve la vegetación de la tierra. El Capitán, sentado a la mesita, trabaja en sus papeles, secundado por su Marinero.

EL CAPITAN.—El amigo Bernardo me llena la bodega con su carga.

EL MARINERO.—Podría ponerse algo en cubierta... (Se asoma EL MAQUINISTA, con su cara tiznada).

EL MAQUINISTA.—Capitán, preguntan ahí por usted.

EL CAPITAN.—¡Adelante! (Desaparece el Maquinista. Al Marinero): Y tú, ayuda en el remiendo del velamen, que zarpamos mañana o pasado. (Vase el Marinero. Entra Mortimer, fresco y rasurado, pero con extraña novedad: un mechón de pelo blanco en su cabeza rubia). ¡Mister Mortimer, buenos días!

MORTIMER.—Morning, capitán. (Se dan la mano).

EL CAPITAN.—Gusto de verlo... (Aludiendo al mechón). Pero, ¿qué tiene usted ahí?...

MORTIMER (ríndase).—Se me puso blanco el pelo.

EL CAPITAN (lo examina de cerca).—Hace dos días, no lo tenía así. ¿Alguna impresión muy fuerte, quizá?

MORTIMER.—Para serle franco... Bueno, la cosa es que no tiene remedio. (Humorístico). Ya me ve: ¡jeanoso a los 44!

EL CAPITAN.—Rare fenómeno, ¿eh? (Se sientan).

MORTIMER.—Me hace recordar el caso de un compatriota.

EL CAPITAN.—¿Cómo así?... Pero, perdone; no le ofrecí cigarrillos.

MORTIMER.—Gracias (saca la pipa).

EL CAPITAN.—Ah, no deja usted su adminículo. (Con humor). Los ingleses, en vez de dejarse bigote, se dejan cachimba... Qué me decía de un compatriota?

MORTIMER.—Un inglés trotamundos, de estos que van de un lado para otro, ¿no?... A este inglés le ocurrió lo que a mí: se le tornó blanco el pelo.

EL CAPITAN.—¿Cómo fué eso?

MORTIMER.—Bueno... lo que viene al caso es que el hombre se encontró un día, o mejor, una noche, con una aparición.

EL CAPITAN.—¿Con qué?

MORTIMER.—Con un espectro, ¿no?, con un fantasma.

EL CAPITAN.—¿Caray! (Ríe, escéptico).

MORTIMER.—¿No cree usted en los aparecidos?... Bien: el inglés tampoco creía en ellos, hasta el momento en que tuvo a uno delante.

EL CAPITAN (frío).—Caso notable.

MORTIMER.—Desde luego que sí. Y sobre todo que el fantasma no era un cualquiera.

EL CAPITAN.—¿Algún personaje célebre?

MORTIMER.—No dió su nombre. Pero en vida debió ser un genio, un portento de habilidad o de valor: un pirata extraordinario.

EL CAPITAN.—¡Ah, se trata de un pirata!

MORTIMER.—Un formidable bandido de los mares: bucanero o filibustero, de aquellos que asaltaban los galeones de Indias.

EL CAPITAN.—¿Sábe que es novelesco?

MORTIMER.—Novelesco no: ¡real!

EL CAPITAN.—Pero, ¿es que puede un ser humano, supuesto que ocurra una cosa así, resistir el espanto y no caer muerto ahí mismo!...

MORTIMER.—Un hombre cualquiera es probable que no lo soporte; pero un inglés ya es otra cosa. No es que seamos más valientes los ingleses; es que somos terriblemente porfiados. El de mi historia se aterrorizó cuando vió aparecer al espectro en la obscuridad del bosque —porque esto fué en un bosque—; y el pobre creyó que se moría. ¡Pero se aguantó a pie firme!... Y no por valiente, ya le digo, sino por porfiado, para que el fantasma no se jactara de haberle dado un susto... Al día siguiente, tenía una mecha de pelo encanecido. (*Enciende la pipa y fuma en su estilo impecable*).

EL CAPITAN.—El fantasma de un pirata... ¡Cuántas historias corren por el mundo!... (*Intercsado en el relato*). Pero, volviendo a la suya, ¿por qué y para qué se apareció el espectro?

MORTIMER.—Estaba esperando su pregunta. Resulta que el pirata poseía un tesoro enterrado, y lo cuidaba.

EL CAPITAN.—¡Ah!, y el inglés andaba detrás de quitárselo... (*Riendo*). ¡Así se explica!

MORTIMER.—No, no. El inglés no pretendía eso: él no buscaba el entierro, y hasta uno o dos días antes, ni tenía noticia de éste ni del espectro... Esto es lo singular. El hombre había llegado a la isla —pues esto pasó en una isla— con un propósito enteramente distinto. Iba a otra cosa. Pero, ¿qué ocurrió? Que los pobladores, los isleños, vieron en el inglés a un buscador de entierros, se metieron esta idea absurda en sus cabezas, y empezaron a espiarlo, a seguirlo, ¡y finalmente le indicaron el lugar donde podía encontrarse el tesoro!... No, no hay un caso más fantástico.

EL CAPITAN.—Verdaderamente.

MORTIMER.—De manera que aquella gente empujó al inglés, esta es la palabra, lo empujó en dirección al paraje donde salía el bucanero... Pero todavía el inglés llegó allí sin intención definida. Iba por curiosidad, tanto le habían hablado de ello; y además, porque esa noche estaba aburrido y no tenía qué hacer.

EL CAPITAN.—¡Vaya un modo de pasar el rato!

MORTIMER.—Pero entonces el hombre tuvo una reacción muy humana: se le despertó la codicia. Porque el fantasma le reveló la cuantía del tesoro —algo inmenso, incalculable— y no se opuso a que él lo sacara.

EL CAPITAN.—¡No se opuso! ¡Válgame Dios!

MORTIMER.—Cualquiera cae en tentación. Y así le aconteció al inglés. “¿Intentaré sacarlo?”, se preguntó. Y esta duda tremenda lo mantuvo en vela hasta el alba.

EL CAPITAN (*riendo*).—¡Pero, si era tan fácil ya! Nadie lo estorbaba!...

MORTIMER.—¿Nadie?... Cómo se vé que usted no se ha hallado en ese trance. ¡Tenía al mundo entero en su contra, a los hombres convertidos en fieras, espiándolo día y noche y dispuestos a destrozarlo para quitarle la presa!... (*Se pone de pie*). No: ni un gramo podía sacarse. (*Pausa*).

EL CAPITAN.—¿Y entonces?

MORTIMER.—Entonces, el inglés renunció.

EL CAPITAN.—¡Renunció a ser un potentado!

MORTIMER.—Entiéndame usted: ¡renunció a que lo mataran! (*Pausa, tranquilo, por la camareta*).

EL CAPITAN.—Sí, sí. Bien mirala la cosa, no había nada que hacer... Pero, ¿no murió él de desesperación? ¿No acabó loco o no mató a todos los demás?

MORTIMER.—¡Ah!, no... No se tomó ese trabajo. Sus sólidos nervios lo salvaron. (*Con vaga sonrisa*).

EL CAPITAN.—¿Qué maravillosa aventura!... El hombre que la ha vivido, debe quedar ya insensible a cualquiera otra emoción. Es como terminar de vivir.

MORTIMER.—Es como “empezar”. Después de una tal sacudida, se es un hombre nuevo, con otra mente y con otra alma. Puede usted creerlo.

EL CAPITAN.—¿Le conoció usted?

MORTIMER.—Le conozco de toda la vida.

EL CAPITAN.—¿Y es posible que se resignase?

MORTIMER.—Ciertamente que sí.

EL CAPITAN.—¿Y cómo contaba o cómo cuenta él su experiencia? ¿Puede tener calma para hablar de ello?

MORTIMER.—Ya le digo: No pierde la compostura. (*Sonriéndose*). Sólo que, al contar su historia, la cuenta como si ella le hubiese ocurrido a otra persona.

EL CAPITAN.—¿Y por qué así?

MORTIMER (*regocijado, abriendo los brazos*).—¡¡Pues, porque no se lo creerían!! ¡¡Porque está condenado a que no le crean!!

TELON

Cuadro 3^o

LA TABERNA, por la tarde. El viejo Artemio es el único parroquiano: bebe silencioso en un rincón. Detrás del bar están el Tabernero y Marina, aburridos; ambos tienen la cabeza amarrada con el pañuelo de la piratería.

MARINA (*reprime un bostezo*).— Pero, qué se han hecho esos horabres... Va a haber que cerrar la taberna.

EL TABERNERO.—Espérate a que llegue Mr. Mortimer; detrás de él vendrán.

MARINA.—¿Es verdad que lo siguen?

EL TABERNERO.—A donde quiera que vaya, y sin quitarle el ojo de encima... Quieren ver a dónde va y lo que hace.

MARINA.—¡Válgame Dios! ¿Por qué no dejau a ese hombre en paz?

EL TABERNERO.— El enloqueció a la gente; justo es que ahora ésta lo vuelva loco a él.

MARINA (*con asco*).— ¡Qué manada de estúpidos! (*Pausa*).

EL TABERNERO (*mirando afuera*).— Allí viene Bernardo... (*Breve pausa*). Pero, qué le pasa... Viene corriendo.

MARINA (*mirando también*).— Está frenético... Algo le ocurre. (*Entra Bernardo, desalado. Aparte del pañuelo pirático, tiene ahora un gran aro de cobre en una oreja*).

BERNARDO.—(*trágico*).—¡El diablo me confunda! ¡Dónde está Andrés!

EL TABERNERO.—Bernardo, ¿qué ha pasado?

BERNARDO.— ¡Mi mujer se muere!

EL TABERNERO.— ¡Bernardo!...

BERNARDO.— ¡Se muere! ¡Le ha dado un colapso! ¡Pero dónde se mete ese bellaco! ¡Abandona a su madre enferma!... ¿No estuvo aquí?

EL TABERNERO.— No ha venido; no le hemos visto.

BERNARDO.—¡Sólo él puede auxiliarla! ¡Yo no sé expedirme!

EL Tabernero (*rápido*).— Marina, anda tú, corre. Algo podrás hacer. (*Ella sale corriendo*). Bernardo, en qué puedo ayudarlo.

BERNARDO.—¡El demonio sepa dónde se ha metido ese granuja!

ARTEMIO (*desde su asiento, con calma*).— Búsquenlo adentro, en el monte... quizá en "La Quebrada".

BERNARDO (*iracundo*).— ¡¡Calla tú, rata hedionda!! (*Sale exhalado. Afuera se oye su voz estentórea*): ¡Andrés...! ¡Andrés...! ¡Andrés...! (*Un largo silencio*).

EL TABERNERO (*sentencioso*).— Esto empieza.

ARTEMIO.—¿Qué es lo que empieza?

EL TABERNERO.—Lo digo delante de testigo: esto empieza. (*Mira a lo lejos, hacia donde corrió Bernardo. Luego se entra a la trastienda, de don-*

de vuelve al poco rato). ¿Por qué no va usted al monte, Artemio? ¿No dice que allí puede estar el muchacho?

ARTEMIO.—Es una suposición, Además, con mis pobres piernas, necesito un día entero para subir... ¿Por qué no va usted? Deja la taberna cerrada...

EL TABERNERO.— ¡Sabe! Voy a cerrar. (Se dispone a ir a hacerlo, cuando llega Mortimer. Trae su redecilla, y parece cansado por una caminata). ¡Ah!, cómo está, míster Mortimer.

MORTIMER.— Cómo está usted.

EL TABERNERO.— ¿No vió a Andrés por ahí?

MORTIMER.— ¿Andrés?... ¿Quién es ése?

EL TABERNERO.— El hijo de Bernardo. Se le anda buscando con urgencia.

MORTIMER.— ¡Ah!, sí. Es ese joven que mira y escucha por las ventanas. Es un excelente espía... Hay varios como él por aquí. (Señalando afuera). Ahí vienen algunos. (Entran dos mocetones, y se sientan. Casi inmediatamente llegan tres más, con el pañuelo en la cabeza, y se instalan como los anteriores). Aquí vienen otros. (Entran cuatro, con breve intervalo, simulando despreocupación; todos con el pañuelo y el aro piratesco; y van a acodarse en el bar. Ninguno de estos perseguidores parece fijarse en Mortimer, por más que éste, de buen humor, quier picarlos): ¿Los ha contado usted? Son nueve. ¿Es mi escolta! Donde voy, allá van ellos, obedientes y fieles... (Mientras el Tabernero les sirve). Van a cierta distancia, a cosa de doscientas o trescientas yardas, pero sin perderme de vista... Si me detengo, se detienen; si sigo, siguen... He dado la vuelta a la isla con ellos, al rayo del sol. Por eso vine para acá: deben tener una sed horrible. (Se sienta en un rincón, las largas piernas estiradas y la cabeza echada atrás. Está un rato callado y como sumido en un ensueño. Por fin da una cabezada y se yergue en la silla). Bueno, yo también tomaría un refresco. La búsqueda de estos cuantiosos entierros de piratas, produce calor y cansancio.

EL TABERNERO.— ¿Una gaseosa?

MORTIMER.— No, eso es para inflarse. Deme un jarabe. (Pone las piernas sobre una silla, mientras juega con su aparato, haciendo que caza moscas. El Tabernero le sirve y de dos tragos se bebe el refresco. Va hasta el mesón y paga. Ha encendido la pipa y sale, dejando una rúbrica de humo... No transcurren unos segundos, cuando los cuatro mozos que están en el bar pagan y salen a su vez, lentamente).

ARTEMIO.—Otra caña para mí. Para ésos no, que ya se van. (El Tabernero atiende a Artemio, mientras los demás vanse yendo unos en pos de otros). ¿Nos hemos vuelto a quedar solos! (Ríe). Bien lo decía usted.

EL TABERNERO.— No están las cosas para reírse, Artemio.

ARTEMIO.— ¡Oh!, claro que no. Pero es que en medio de todo hay ocurrencias chistosas.

EL TABERNERO (volviendo al bar).— No están las cosas para reír. (Pausa).

ARTEMIO (mirando afuera).— Allí viene la señora. (Entra Marina, llorosa, y pasa directamente a la trastienda. El Tabernero va tras ella. Transcurren unos instantes, y llega Andrés, tranquilamente. Tiene a más del pañuelo, un parche negro en un ojo). Aquí está el joven. (Andrés lo mira). ¿Cómo sigue su madre, Andresito?

ANDRES.— ¿Mi madre? Bien la dejé esta mañana.

ARTEMIO.— ¿Esta mañana?... ¿No ha ido, pues, a casa en todo el

día? ANDRES.— Ahora voy para allá. (Vuelve el Tabernero, y al ver al muchacho, se yergue y lo mira con solemnidad).

EL TABERNERO.— Andrés, tu madre ha muerto. (Andrés queda inmóvil, clavado en el suelo). Tu madre ha muerto. (Andrés no da señales de reaccionar; díriase que no ha oído. Pero al ver a Marina, que retorna sollozando de la trastienda, se toma la cabeza y da unos pasos tambaleándose).

ANDRES (fuerte).— ¡¡No...!! (Y lanzado en una especie de frenesí, se dispara por la puerta y va por la aldea atronándola con sus alaridos): ¡¡No, no, no...!! ¡No, no!! ¡¡No, no, no...!! (Se sucede un largo silencio, durante el cual los presentes permanecen consternados).

EL TABERNERO.— Ya hay una desgracia: la primera. (Golpea el mesón con el puño). ¿Es la obra de ese forastero funesto; (Va hasta el umbral y mira a lo lejos con el ceño duro). ¡Maldita la hora en que llegó! (Sale a la calle. Marina queda llorando).

TELÓN

Cuadro 4^o

SALITA EN CASA DEL GOBERNADOR, con ventanal al fondo. Es al anochecer. Están el Capitán, que pasea preocupado, y Estrella, de luto, sentada en un sillón.

EL CAPITAN.—Debes pensar que su mal era incurable. Nadie podía ya salvarla.

ESTRELLA.—Eso lo sé, capitán. Contra lo que me rebelo es contra la maldad diabólica de todos.

EL CAPITAN.—No digas “de todos”, Estrella. Eso es injusto.

ESTRELLA.—No se dice otra cosa: “Andrés la abandonó”, “Andrés la dejó morir”.

EL CAPITAN.—¿Cómo han de creer eso? Lo han visto desgarrado en el funeral...

ESTRELLA (*arrebataada de cólera*).—¡Ay!, golpearé al que vuelva a significarlo! (*Deja el asiento, incapaz de estarse quieta*).

EL CAPITAN.—El comentario salió de algo que dijo el propio Bernardo. Pero es que éste estaba fuera de sí, en su angustiada aflicción, y no sabía lo que decía.

ESTRELLA (*llorando*).—¡Lo han manchado! ¡Cómo lo quiero, y lo han manchado! (*Vase, la cara entre las manos. El Capitán sigue paseando pensativo. Entra el Gobernador, con pañuelo de pirata, ara de cobre y un garfio de hierro en lugar de la mano derecha*).

EL GOBERNADOR.—¿Qué hay, capitán? ¿Esperaba usted hacer rato?

EL CAPITAN.—Acabo de llegar... Triste veo a la niña, Gobernador.

EL GOBERNADOR.—Corre un chisme infame, y lo han hecho llegar a sus oídos... Si supieran con qué amor quiere a su novio, se habrían enridado de esta villanía. (*Transición*). ¿Y qué le trae por aquí, capitán?

EL CAPITAN.—Vengo a pedirle su ayuda. Y perdóneme el momento en que lo hago.

EL GOBERNADOR.—¿Mi ayuda? ¿Acerea de qué?

EL CAPITAN.—¡Mis triplantes me abandonan!

EL GOBERNADOR.—¿Cómo es eso?

EL CAPITAN.—Están desertando uno en pos de otro. Me proponía zarpar esta noche, pero no puedo hacerlo hasta no recompletar la dotación.

EL GOBERNADOR (*pensativo*).—Conque desertando... Le pre-vengo que no es la primera queja que me llega. Los de tierra están ha-ciendo lo mismo. Ya hay faenas paralizadas.

EL CAPITAN.—Jamás se había visto tal cosa.

EL GOBERNADOR.—Es que el diablo se ha metido... en la forma de un inglés.

EL CAPITAN.—¿Un inglés?... ¿Cómo es esto?
EL GOBERNADOR.— Como lo oye. Es él quien trastorna al vecindario. ¡Lo siguen! ¡Se van todos tras él!
EL CAPITAN.— ¿Por qué? ¿Para qué? (*Llega Mortimer, con naturalidad*).

MORTIMER.— ¡Gentlemen!

EL GOBERNADOR.— ¡Oh!, aquí lo tenemos. (*Mordaz*). ¿Ha cerrado la puerta, señor Mortimer? Mire que no quiero que me invadan la casa.

MORTIMER.— No hay temor; la he cerrado.

EL GOBERNADOR.—Precisamente, hablábamos de usted.

MORTIMER.—Mucho honor para mí. Por mi parte, también lo he tenido a usted presente: tanto, que me he resuelto a venir a verle.

EL GOBERNADOR.— ¿Qué se le ofrece a usted?

MORTIMER.— Vengo a pedirle ayuda.

EL GOBERNADOR.— ¡Oh! ¡También usted!... ¡Todos me piden ayuda!

MORTIMER.—Yo la necesito verdaderamente.

EL GOBERNADOR.— ¿Qué le ocurre, pues?

MORTIMER.— Que no me agradan las muchedumbres, que no quiero ser conductor de masas.

EL GOBERNADOR.— ¡Ah...! (*Pausa*). ¿Qué puedo hacer yo?

MORTIMER.— Ha llegado el momento de que trate de hacer algo.

EL GOBERNADOR.—Señor Mortimer: esta situación...

MORTIMER.— No se puede continuar así, señor Gobernador. Abra esa ventana. (*Señala el ventanal del fondo*). Le ruego a usted que la abra. (*El Gobernador va y la abre de par en par. Un piño de individuos con pañuelos y aros de cobre, y algunos con parches e hirsutas barbas, permanecen pegados a la ventana, en la obscuridad, silenciosos... Los tres personajes los contemplan en igual mutismo, hasta que el Gobernador, bruscamente, cierra el ventanal*).

EL GOBERNADOR (*los brazos en jarra*).— ¿Qué quiere que haga yo?

MORTIMER.— Usted tiene autoridad, policía.

EL GOBERNADOR.— ¡Policía! (*Enojado*). ¡Me da usted risa!

MORTIMER (*tranquilo*).— ¿Lo encuentra divertido?

EL GOBERNADOR (*sarcástico*).— ¡Divertidísimo!... Porque es lo cierto que nadie sino usted tiene la culpa. ¡Luego pide policía!

MORTIMER.— Señor, ¿de qué tengo yo la culpa?

EL GOBERNADOR.— ¡Y lo pregunta usted!

MORTIMER.—Lo pregunto ansiosamente. Y va usted a responderme. ¿De qué se me acusa?

EL GOBERNADOR (*inseguro*).— De casi nada, señor Mortimer... Ha revolucionado a los isleños, les ha hecho abandonar el trabajo y la vida normal... Casi nada ha hecho usted: un desbarajuste solamente!

MORTIMER.—El diablo me lleve. ¿Qué tengo que ver en esto?

EL GOBERNADOR.— ¡Lo siguen! ¡Lo siguen!

MORTIMER.— Pues, mándeles que no me sigan. Es lo que vengo a pedirle.

EL GOBERNADOR.— Yo no puedo impedir que la gente transite a su albedrío...

MORTIMER.— ¿He de ser yo, entonces, quien se abstenga de transitar?

EL GOBERNADOR (*vacilante*).— Casi me atrevería a estimarlo así. (*El Capitán, discretamente, se retira a un rincón*).

MORTIMER.—Comprendo el sentido de sus palabras: debo alejarme.

EL GOBERNADOR.— No he querido significar tanto...

MORTIMER.— El fondo de su pensamiento es ése. Pero yo le digo a usted: soy un hombre de paz y de trabajo, y he venido aquí con un objetivo importante. No deseo ser molestado; más aún: no lo tolero.

EL GOBERNADOR (*se encoge de hombros*).— Señor Mortimer, éste es un conflicto al que no le diviso la salida... Lo que sí puedo asegurarle, es que no me será posible aceptar el desorden que va tomando cuerpo.

MORTIMER.— De eso se trata, pero no con medidas contra mí, sino contra la canalla.

EL GOBERNADOR.— Es que no me entiende usted: ¡contra la población soy impotente! ¡Dispongo de dos guardianes! ¡Dos! (*Pasea, excitadísimo*). Se me viene encima una revuelta. Ni siquiera puede salir el buque, porque no hay marineros.

MORTIMER.— A eso agregue esto otro: que se me espía por el tragaluz y las rendijas, que mi equipaje ha sido violado y que anoche encontré un sujeto debajo de mi catre!

EL GOBERNADOR.— Le repito: no veo la salida.

MORTIMER.— ¿Es esa su última palabra?

EL GOBERNADOR.—La última, Mr. Mortimer.

MORTIMER (*resuelto*).—Pues bien: entonces, hay que actuar. (*Se dirige enérgicamente al ventanal*).

EL GOBERNADOR (*con alarma*).— Señor Mortimer, que va a hacer usted.

MORTIMER (*abre los postigos y dice con poderosa voz*):— ¡Pueblo...! (*El Gobernador, de un salto, lo alcanza y cierra*). Déjeme usted. (*El Capitán, visto el cariz de la escena, opta por marcharse*).

EL GOBERNADOR.— ¿Qué se propone!

MORTIMER.— Les voy a hablar. Se los voy a decir todo.

EL GOBERNADOR.— ¿Les va a decir qué...?

MORTIMER.—Lo que quieren saber. No le exijo a usted que me crea: conozco el lugar donde está ese entierro.

EL GOBERNADOR (*cínico*).— ¿Qué entierro?

MORTIMER.— Conozco el lugar exacto. Se los voy a indicar a esos estúpidos. Que se maten entre ellos, ¡pero que me dejen en paz!

EL GOBERNADOR.— ¿Va a lanzar a esa gente a la montaña...?

MORTIMER.— ¡No hay más remedio! (*Vuelve a abrir y grita*). ¡Pueblo...! ¡Por fin la sabréis...! (*El Gobernador, de otro salto, se interpone y vuelve a cerrar*).

EL GOBERNADOR.— ¡Conténgase! No tiene derecho a poner a la aldea en conmoción.

MORTIMER.— No aguanto más. Hablaré de todas maneras, aunque tenga que salir afuera.

EL GOBERNADOR.— ¿Comprende bien lo que va a hacer? (*Desesperado*). ¡Tenga un minuto de reflexión, Mr. Mortimer!

MORTIMER.—Ha reflexionado horas enteras. (*Forcejea*).

EL GOBERNADOR).— ¡Piénselo aún! ¡Va a provocar una calamidad!

MORTIMER.—Mi paciencia tiene un límite. ¡No lo soporto más!

EL GOBERNADOR. — ¡No lo hará usted! ¡Llamaré a los guardias!

MORTIMER.—Cuando vengan, ya habré hablado. (*El Gobernador se toma la cabeza y vaga con desesperación, mientras Mortimer por tercera vez abre el ventanal y teniendo las hojas sujetas, dice con voz estentórea a la poblada*): ¡Ya vais a oírlo!... ¡Sabréis lo que queríais saber!... ¡Allá vosotros con lo que acontecerá después!... ¡Subid, entonces, a “La Quebrada”, por el sendero del lado Oriente; llegad al fondo del bosque, buscad la charca, y luego el árbol tronchado que hay cerca de ella; y contad cuatro pasos desde el árbol hacia el norte... (*Ha venido cayendo el*

TELON

ACTO TERCERO

Cuadro 1º

LA TABERNA, al atardecer. El gran postigo del fondo está cerrado. La sala se halla desierta: no hay un solo purroquiano. El Tabernero revisa unos papeles en el mesón, mientras Marina dispone y aseca las mesas. El tiene ahora, aparte del pañuelo en la cabeza, el consabido tapón en el ojo. Ella viste pollera negra, y su blusa a rayas blancas y amarillas hace juego con su pañuelo pirático... Durante un lapso se ocupa cada uno de lo suyo; finalmente ella va a situarse detrás del bar, cerca de su marido.

MARINA.—¿Cómo es que no te han llamado a declarar?

EL TABERNERO.—No me llamarán ya. Todo está en claro. El hazgo del bote vino a probar que el naufragio se produjo por inundación. El orificio, hecho a barreno, ha dado la clave...

MARINA.—¡Pobre Artemio! No le hacía mal a nadie.

EL TABERNERO.—Yo me inclino a pensar que precisamente le hacía mal a "alguien". La prueba es clarísima: el infeliz es cadáver, y nadie mata a nadie por gusto. (Pausa). Y otra cosa evidente; a Artemio lo ha perdido su lengua. La tenía punzante como una lanceta... A cada uno debía pincharlo en su punto sensible.

MARINA.—Es cierto. Hace poco me había dado a entender que estaba amenazado. "La lengua, Artemio, hay que sujetarla", contaba que le dijeron. "Más de alguno se perdió por ella". El preguntó entonces: "¿He de perderme yo también?". Y le contestaron: "Eso, tú lo has de ver".

EL TABERNERO.—¡Ah! Si te hubiera dado el nombre del sujeto, a estas horas el hechor no andaría suelto.

MARINA.—Quedaré impune. ¿Cómo van a averiguar quién barrenó el bote?... Pobre Artemio.

EL TABERNERO (con un suspiro).—Esto empieza, ha empezado. (Quedan pensativos. Entra Mortimer, saludando con una seña, y se detiene ante el mesón. Marina le sirve cerveza, y él bebe sin prisa, acodado en el bar. Transcurrido un momento, entran en pelotón cinco o seis de sus seguidores, que pasan a sentarse. Otro grupo llega en seguida, más numeroso que el anterior, y hace lo propio. Un tercer destacamento, éste de no menos de diez individuos, se agrega por último, ocupando los asientos restantes de modo que la taberna queda completamente aliborrada. La indumentaria piratesca de estos hombres sigue acentuándose: a los implementos antedichos se agregan ahora los pantalones ajustados, o cortos hasta abajo de la rodilla: algunos llevan botas bajas; hay uno que tiene un garfio en vez de mano, y otro, patá de palo. Palmotean ruidosamente para hacerse servir, y en su lenguaje y modales parecen por momentos más atrevidos. Pronto el humo de sus cigarros invade la sala, como una neblina).

EL DE LA PATA DE PALO (golpeando el suelo con ella).—¡Ron,

señora! ¡En esta mesa se bebe ron! (A uno de sus compañeros). ¡No es así, macho cabrío? (Rien los de su mesa con grandes risoladas).

EL DEL GARFIO (en otro grupo).— ¡Aquí, aguardiente! ¡Voto a tal! (Haciendo señas con el garfio). ¡Cuatro aguardientes, no faltaba más!

PATA DE PALO.— ¡Música! ¡Quiero olvidar!

EL DEL GARFIO.— ¡No; voy a cantar yo. (Canta con voz de bajo).

PATA DE PALO.— ¡Muy mal! ¡Horrible! ¡Ruges como un tarro viejo!

EL DEL GARFIO.— Muy mal, en verdad. Satanás se apiade de mí. (Grandes risas y mucha bulla).

MORTIMER.— (de pronto, vuelto hacia las mesas). — ¡Pueblo...! (Se hace el silencio). El entierro está a cuatro pasos al Norte del árbol tronchado que hay próximo a la charca, al fondo del bosque. (Sus palabras son acogidas con risitas irónicas). Id allí y cavad dos varas. Serán vuestros siete cofres de hierro forrados en cuero de hipopótamo. (Risas). Dentro de ellos hallaréis montones de perlas de Oriente, plata maciza, oro en barra y en polvo, zafiros, rubíes y esmeraldas! (Grandes risas). ¡Oh, no creéis! ¡No queréis creer!...

PATA DE PALO.— ¡Sí creemos! ¡Lo creemos a pie juntillas! (Risas sarcásticas).

MORTIMER.— Es necesario que lo creáis. Digo la verdad. Allí está el entierro. Yo no lo quiero. Os lo cedo a vosotros. (Formidables risas, a las que terminan por unirse las del Tabernero y su mujer).

EL DEL GARFIO.— ¡Qué amable es! ¡Nos lo cede! ¡Nos lo regala! (Nuevas risas).

MORTIMER.— Lo diré por escrito; haré un plano... Déme papel, señora. (En un block que le da Marina, traza un croquis con su estilográfica). Hay que fijarlo en la pared, para que todos lo ven. (Se dirige a la pared del fondo. Pata de Palo viene a su siga y clava el papel con su puñal. Estallan aplausos, risas, gritos. Luego siguen bebiendo indiferentes. Mortimer hace un ademán de cansancio y vuelve a acodarse en el mesón). ¡Condenado a que no me crean...!

EL TABERNERO.— Es que hay cosas increíbles. (Entra Bernardo, convertido ya en un pirata de la cabeza a los pies: a más del pañuelo, parche y oro, tiene una cicatriz repugnante en la cara; trae pantalón ajustado, blanco, con botas, y camisa de seda roja, de mangas bolsudas. Aun no usa armas, pero ya le ha aparecido el cinturón con cartuchera. Mortimer es, pues, el único personaje vestido a la moderna entre este concurso de bucaneros).

BERNARDO (al Tabernero y Marina).— ¡Qué tal ustedes?

EL TABERNERO.— ¡Qué tal, Bernardo? (Este se acoda en el bar. Mortimer, pipa en boca, lo observa fijamente). ¡Qué se sirve?

BERNARDO.— Ron.

MORTIMER.— Ron, el licor de los piratas. (Bernardo lo mira con dureza; en seguida le da la espalda, despectivo. Hay un silencio, durante el cual Mortimer no despega el ojo de sobre Bernardo). Y bien, Camacho, ¿no ha ido por el monte?... (Bernardo no le hace caso, Mortimer lo toca en el hombro).

BERNARDO (lo mira al fin. Seco).— No, no he ido. (Vuelve a darle la espalda).

MORTIMER.— No me da la espalda, Camacho. (Lo toma por los hombros y lo hace volverse). No es correcto dar la espalda. (Se miran cara a

cara). — De modo que no ha ido al monte... Pues, yo he ido. Y seguiré yendo, a pesar de cierta amenaza que recibí. (Saca un papel y lo tira sobre el mesón. Bernardo no lo mira siquiera; el Tabernero, curioso, lo hace por él).

EL TABERNERO (lee).— ¡Usted recibió esto, señor Mortimer?

MORTIMER.— Lo encontré en el bolsillo de mi chaqueta.

EL TABERNERO.— ¡Válganos Dios!... (Con asombro). Pero, ¿se queda tan tranquilo?

MARINA.— ¿No dió parte a la policía?

MORTIMER.— No.

EL TABERNERO.— ¡Pero no se inmuta! ¡No le importa nada!...

MORTIMER.— En cambio, mire a Bernardo Camacho. Se ha puesto pálido... (Irónico). Camacho, ¿está usted mal?

BERNARDO.— Estoy bien, no se preocupe.

MORTIMER.— Permítame que me preocupe. Con ello no hago más que darle su gusto. Vea usted: el entierro está a dos varas de profundidad y a cuatro pasos al Norte del árbol tronchado que hay próximo a la charca, al fondo del bosque, en "La Quebrada". ¡No es esto lo que usted deseaba saber!

BERNARDO.— No deseo saber nada. (Tratando de evadirse). Señora, deme cigarrillos.

MORTIMER.— Una noche fué usted a verme, para tratar de este asunto. Se ofrecía para ayudarme en la búsqueda del entierro. (Bernardo tiembla de ira). Pues bien, Camacho: yo lo ubiqué y por eso ahora se lo comunico.

BERNARDO.— Está loco. (Marina y el Tabernero se souríen).

MORTIMER.— Puede sacarlo; puede ser suyo. Unos cuantos golpes de pico, y es usted un potentado, un rey!

BERNARDO (acorralado).— ¡Está loco, está loco!

MORTIMER.— He marcado el lugar, he puesto una señal: es imposible perderse. (Va hasta la pared). Además, he confeccionado un plano. Véalo usted, Camacho. En él está todo indicado.

BERNARDO (fuera de sí).— ¡Quiere dejarme en paz!

MORTIMER.— Iré con usted, si lo desea, y le diré: "Ahí hay que cavar". Y no le pediré nada en cambio. ¡Será todo suyo, todo para usted! (Le indica el plano con insistencia).

BERNARDO (estalla).— ¡Váyase al eterno!... ¡Que lo amarren! ¡Está loco!

MORTIMER (vuelve al bar). — Lo que quiero es no volverme loco. Quiero que acabe esta historia, que me dejen tranquilo. Por eso declaro dónde está ese entierro, para que lo saque usted, o cualquiera. (Pausa. Se enjuga la frente). Pero, ya lo veo: no quieren creer. (Pasea pensativo frente al mesón. Bernardo paga de un manolazo y sale a grandes trancos).

PATA DE PALO (patcando con ella).— ¡Ron! ¡Más ron!

VARIAS VOCES.— ¡Bravo! ¡Ron fuerte! (Juegan a los dados, golpeando horriblemente los cubiletes contra las mesas).

EL DEL GARFIO (agitándolo en el aire).— ¡Pata de Palo, haré como tú: brindaré con ron! ¡El ron es lo nuestro!

VARIAS VOCES.— ¡Bravo! ¡Ron! ¡Ron!... (Se hace el silencio).

MORTIMER (al Tabernero).— El gobernador está en lo cierto: Debo marcharme.

EL TABERNERO.— ¡Resuelve abandonar la isla?...

MORTIMER.— Es completamente lo único. Me doy por vencido...
¿Cuándo sale la goleta?

EL TABERNERO.— ¡La goleta...! (Lo mira con tamaños ojos).

MORTIMER.— Sí, hombre. No me voy a ir a nado.

EL TABERNERO.— ¿Qué cuándo sale...? (Con tardos movimientos se vuelve hacia el ventanal y lo abre de par en par... La "Gacela" va navegando en alta mar, con todo el velamen al viento, destacada su silueta contra un horizonte melancólico... Ante tal visión, Mortimer retrocede como quien recibe un puñetazo; y largo tiempo queda clavado allí, los atónitos ojos siguiendo el barco que se aleja... A sus espaldas renacen el desorden y los gritos de los bebedores).

PATA DE PALO.— ¡Juego y gano, juego y gano! (Patando). ¡El diablo me ayuda! (Risas, aplausos).

EL DEL GARFIO (manotando con él). — ¡También me ayuda a mí! ¡Te lo digo, Pata de Palo! ¡El diablo está de nuestra parte! ¡Ha esenchado nuestras oraciones! (Arrección los gritos, las carcajadas y los golpes).

TELON

Cuadro 2º

UN LUGAR DESPOBLADO, muy lejos de la aldea. En primer término, a la derecha, elevanse las ruinas del fuerte español, del cual asoma todavía un cañón inservible. Al fondo, a la distancia, la mole de un acantilado que cae a pique sobre el mar. Al pie de la fortaleza se ha amontonado la tierra y grandes bloques de piedra desprendidos de aquella... Llegan Andrés y Marina, medrosos, tomados de la mano. Ella tiene la misma indumentaria conocida, con el agregado de que sus zapatos han tomado la forma de botas cortas, en mucho parecidas a las de los piratas. Andrés, bandido declarado, viste igual a como se ha visto a su padre; lleva el pañuelo, el tapón y el aro de cobre, y luce camisa de seda roja, pantalón blanco, ajustado, botas de pantorrilla y un puñal al cinto. Trae en la mano el sombrero de grandes alas de los caudillos piráticos.

ANDRES (tratando de aparentar serenidad).—Aquí no pueden vernos, Marina. No tengas temor.

MARINA (recelosa).— Nunca nos esconderemos bastante. ¡Todos espían a todos!... La vida se ha hecho insoportable.

ANDRES.— No temas: todo saldrá bien. ¡Nos escaparemos y estaremos juntos para siempre! (La besa con frenesí). ¡Cuánto hacía que no te hablaba, que no estábamos solos! El que no lo ha sufrido, no puede saber lo que es esto. ¡Ver todos los días y a toda hora a la mujer que quiere, y no poder hablarla, no poder mirarla!... (Con furor). ¡No lo quiero soportar más! (La besa de nuevo). ¿Guardas mis cartas?

MARINA.—Donde nadie podría descubrirlas.

ANDRES.—Esos papeluchos. ¡Destruyelos, más bien!

MARINA.—Antes me destruiría los ojos. (Lo lleva de la mano a sentarse en los bloques de piedra, al pie del fuerte. No bien se han instalado allí, aparece en lo alto Pata de Palo, en actitud de espionaje. De pie, contempla a la pareja, para ocultarse después como una rata). Lo que me asusta, Andrés, es pensar en lo que espera a esa muchacha. (Ambos miran delante de sí, con preocupación).

ANDRES.—Pobre Estrella...

MARINA.—Fuiste demasiado lejos.

ANDRES.— Cuando vine a comprenderlo, ya era tarde. El cielo es testigo: yo sólo buscaba su amistad, para estar cerca del gobernador. Tú lo sabes también: él era mi objetivo... Porque desde el día que llegó, yo supe a qué venía. Y ya ves que no me equivocaba: ¡ha comprado "La Quebrada"! (Pausa).

MARINA.—Pero ella es inocente, y va a su tu víctima.

ANDRES.—Mía no es toda la culpa. Un juez me absolvería... Es verdad que no supe medirme. ¡Un rayo me parta! Era la única muchacha

bonita que podía verse aquí. (*Toma a Marina por el brazo*). Pero nada más, nada más. No la he querido nunca.

MARINA.—Pobre Estrella..., y pobre Andrés.

ANDRES.— ¡Fatalidad!; cuando tú llegaste, yo estaba con ella en el muelle. Te ví, y ya no tuve voluntad ni pensamiento para nadie más. Y en el preciso momento, como adivinándolo, va ella y me dice: “Te quiero”. ¡Un rayo me mate! Ahí empezó la historia. Me ha envuelto, yo no sé cómo; ha hecho las cosas de tal modo que hoy me llama y me llaman su prometido... Lloro, llora y se pasa la noche mirando a mi ventana... ¡mientras yo, desvelado también, me la paso mirando a la tuya! (*Iracundo, se golpea las manos. Caen en silencio*). Pero he tenido que seguir la farsa. ¡El gobernador! esa era la finalidad!... Tú misma me lo dijiste siempre: “Vigíalo”. (*Pausa*).

MARINA.—Y luego viene ese inglés a enredar y precipitar las cosas.

ANDRES.— Ese inglés más astuto que siete gobernadores... Pero a mí no me engaña. Oyelo bien; no me engaña. (*Se pone de pie, presa de gran agitación*). No ha nacido el que me burle.

MARINA (*también en pie*).— Eso es hablar, Andrés. Pues nadie con más derechos que tú.

ANDRES (*sombrío, el puño amenazante*).— Cuidado, Mortimer, con entrometerte en lo que no te corresponde: cuidado, gobernador, con ser demasiado codicioso...; y en cuanto a mi padre, el cielo le alumbré y le haga ser razonable... (*Se pone con descuido su sombrero pirático y echa a andar lentamente: con un gesto hace a Marina seguirle. Cuando han desaparecido, sale otra vez Pata de Palo en lo alto de las ruinas, justo detrás del cañón, que parece apuntar sobre la pareja. Les mira alejarse: después baja y, sin prisas, el cigarrillo humeante en los labios, sale renqueando en su seguimiento*).

TELON

Cuadro 3º

LA TABERNA, con el ventanal del fondo cerrado. Ningún cliente hay en ella. El Tabernero está sentado detrás del mesón, profundamente abatido, la cabeza entre las manos. Viste todo de pirata. Marina, agitada por grandes sollozos, va distraídamente haciendo el orden en las mesas. Su atavío es el del cuadro anterior. En la pared está siempre el plano del entierro, clavado con el puñal. Se oyen con nitidez, allí cerca, las campanas de la parroquia doblando a muerto.

MARINA (*históricamente*).— ¡Dios mío!, ¿no acabarán de doblar esas campanas?

EL TABERNERO.— No. Hemos de seguir oyéndolas mucho tiempo. Ellas irán proclamando el fin de cada víctima inocente.

MARINA (*llorando*).— ¡Pobre, pobrecita Estrella...! ¡No la podré olvidar! ¡No la podré olvidar! (*Pausa*).

EL TABERNERO (*patético*).— Doblen, campanas. Nuestros oídos terminarán por habituarse. Será la única música que oigamos en adelante, ¡hasta que la ola de traiciones y de crímenes ruja tan fuerte, que acabe por apagarla!

MARINA (*con desesperación*).— ¡Por qué, por qué!... ¡No lo puedo comprender!

EL TABERNERO.— Así dicen las campanas. Ellas tampoco lo comprenden.

MARINA.— ¡Tan pura y excelente como era!

EL TABERNERO (*mirando a lo lejos*).— Quizá por eso mismo... (*Caen en silencio. Marina se ha sentado en medio de la sala. Entra Dorotea, la viuda de Artemio, lúgubrememente enlutada*).

DOROTEA.— Señor tabernero, véndame unos pitillos. (*Pone unas monedas en el mesón*).

EL TABERNERO (*ausente*).— Se ha vuelto fumadora, Dorotea.

DOROTEA.— Con algo ha de acompañarse una vieja cuando ha quedado sola... Desde que Artemio se fué, el humo es mi solo compañero.

EL TABERNERO.— Muchos otros deberán ir quedando en soledad. Las fieras andan sueltas, y tal vez pronto no quedará en pie sino una: la que sea más feroz o más astuta.

DOROTEA.— No hay que esperar nada bueno, y sólo Dios podrá evitar lo peor. (*Se guarda la compra*). Ahora, esta nueva desgracia: una niña preciosa que se mata por sus manos. Porque todos lo sabemos: Estrellita se mató. La engañaron, y no quiso vivir más. (*Iracunda*). En cambio, vive el Pata de Palo, alcahuete inmundo que debiera estar colgado; y vive Andrés, el cerdo asqueroso cuya panza debieran pisotear todos.

EL TABERNERO.— Caerán también, caerán a su hora; se matarán entre ellos, loado sea el Señor.

DOROTEA.— Looado sea, si han de matarse... (*Vase yendo*). Allá quedan las mujeres aullando y el gobernador enloquecido... Hasta pronto, señor tabernero. (*Echa sobre Marina una mirada de repugnancia, y sale con lentitud. Largo silencio*).

MARINA.— En esto paró nuestro juego... No dirás que ha salido bien.

EL TABERNERO (*penosamente*).— Marina, no sé qué decir. No hablemos de esto ahora. Los momentos son demasiado terribles.

MARINA.— Déjame hablar o estallaré (*Se para con pesudez, los ojos llameantes*). Me empujaste a los brazos de ese malvado; me aleccionaste para que le sedujese como a un mocito.

EL TABERNERO (*golpea el mesón*).— No me hables de esto ahora. Es demasiado espantoso lo que ha ocurrido.

MARINA.— También yo soy culpable; pero la maldad vino de tí. (*Cierra la puerta y quedan a solas*). Hiciste de mí una harpía; una harpía tan sutil, que el bellaco se lo creyó y aun espera que voy a escaparme con él.

EL TABERNERO (*sale del bar y da desatentados pasos por la sala*).— Marina, te lo ruego: ténme lástima.

MARINA (*lo persigue lanzándole una lluvia de palabras*).— No puedo entender por qué me presté a esa iniquidad. Ahora vuelvo como de un sueño. ¡Cómo pudimos ser tan miserables!

EL TABERNERO.— Marina, ten piedad de mí. Yo también vuelvo de un sueño, pero sólo para caer en esta pesadilla.

MARINA.— ¡A qué maldades se puede descender! ¡A qué estupendas maldades!... ¡Simular amor a un desalmado, para espiarlo y sorprender sus propósitos!

EL TABERNERO (*desesperado*).— ¡Marina, mujer...!

MARINA (*con progresivo histerismo*).— ¡El sabía la catástrofe que iba a sobrevenir, pero no, no le importaba! ¡Hallaba las disculpas necesarias y pasaba por todo! ¡Y a un monstruo semejante debía yo tolerarlo, debía pasear con él, simular que era su querida!

EL TABERNERO (*echado sobre una mesa del fondo*).— Ten piedad de mí. Ten piedad de mí.

MARINA (*ronca de ira*).— Muy malo él, muy mala yo; pero tú, ¡infame, infame!

EL TABERNERO.— Basta ya, basta ya.

MARINA.— Infame, infame, infame. (*Medio ahogada, cae de nuevo en un asiento, y llora con llanto incontenible. El permanece inmóvil, trágico, las manos cubriéndole el rostro. Las campanas siguen doblando con monotonía*).

TELON

Cuadro 4°

LA CALETA DE PESCADORES, ya anochecido. Asoman las proas de dos chalupas varadas. Se ve luz en la ventana de la casa de Dorotea. La viuda está a la puerta, apoyada en el marco, fumando su pitillo. Se siente el rumor de la resaca. En la playa hay otras dos mujeres, cosiendo una red a la luz de un farol de parafina... Llega Mortimer, tranquilo como siempre, la redcilla bajo el brazo, y se dirige a las obreras.

MORTIMER.— Buenas noches, señoras. Necesito alquilar un bote.

MUJER 1.ª (*cortante*).— Aquí no se alquilan.

MORTIMER.— ¡Oh, quiero salir al mar. Facilítenme una de las barcas.

MUJER 1.ª.— No son nuestras. Allí está la dueña. (*Señala a Dorotea*).

DOROTEA.— ¿Qué va a hacer en ellas?

MORTIMER.— Voy a bogar. Tenemos noche de luna.

DOROTEA.— Vaya un placer... ¿Y sabe siquiera manejar los remos?

MORTIMER.— ¡Y la vela también!

DOROTEA.— Bien dicen que hay gustos para todo.

MORTIMER (*alegre*).— ¡Ah!, es un sport, señora. Pero no es esto sólo: ¡es que he logrado desprenderme de la canalla y quiero gozar la soledad!

DOROTEA.— La soledad... ¿También es esto un placer?

MORTIMER.— Un divino placer. Por una hora de paseo solitario, daré a usted todo lo que llevo: mi reloj de oro y hasta mi pipa" B. B. B."

DOROTEA.— Deme el reloj. (*Mortimer se lo da*). Queda sólo en prenda. ¿eh? Aunque vieja, no soy usurera.

MORTIMER.— Si no vuelvo, téngalo como un recuerdo. (*Sonriendo, va hasta uno de los botes y echa adentro la redcilla y los remos*).

DOROTEA.— ¿Por qué no ha de volver...?

MORTIMER.— ¡Ah!, es un decir. (*Enciende e iza el farol*).

DOROTEA.— ¿Supongo no irá usted allá arriba...?

MORTIMER.— ¿Dónde?

DOROTEA.— Donde usted sabe. No, no debe ir.

MORTIMER.— ¡Ah!... Bueno, es el caso que tal vez alcance por allá. La noche clara se presta admirablemente.

DOROTEA (*con alarma*).— ¿Se presta para qué...?

MORTIMER.— Para trabajar, créalo usted. ¡Adiós! (*Empuja la chalupa y desaparece con ella. Pausa*).

MUJER 1.ª.— ¡Ojalá vaya a "La Quebrada!"

DOROTEA.— ¿Por qué dices eso?... Es un valiente, y me ha dado

su reloj! (*Viene Pata de Palo y pasa en la dirección a donde salió Mortimer*).

MUJER 2.a—Ojalá vaya. Ha traído la desgracia. El diablo no habría pervertido así a las gentes.

DOROTEA.—El diablo no pervierte a los buenos. Y los malos llevan al diablo dentro; no es que éste les soule en el oído.

MUJER 1.ra—Se acabó la paz y el respeto y la decencia cuando él llegó. ¿No llamas a esto pervertir?

DOROTEA.—Los perversos lo persiguen a él, como perros con hambre. El no busca a nadie; huye de todos. ¿Así hace el demonio cuando quiere perdernos? ¡Monta el demonio en una barca y sale a bogar solitario?... (*Se entra con diadidad en la casa. Oyense voces en la cercanía*).

MUJER 2.a—Ahí viene el gobernador con la gente... Ya se echa de ver a lo que viene.

MUJER 1.ra—Parece que se resuelve a echarle el guante. ¡Ya era tiempo! (*Se presenta el Gobernador, seguido de Bernardo, de sus dos guardianes y de un numeroso pueblo. El Gobernador viste de pirata de alto abajo, como Bernardo, teniendo ambos sus grandes sombreros de comandantes de bucaneros, con plumas vistosas; y mientras éste último trae al cinto dos pistolas de la época, el primero luce un corvo larao y una calavera con sus tibias en el pecho. La gente que les sigue lleva también el ropaje de tripulación pirática, y manchan ahora mosquetes y hachas de abordaje. Los guardianes tienen su uniforme caqui de policía moderna, pero ambos llevan el parche negro en el ojo... Uno de ellos porta un farol. Las dos mujeres, atemorizadas, han ido a quarecerse fuera de la caleta. La luz de la ventana de Dorotea se apaga...*)

EL GOBERNADOR (*irritadísimo*).—¿Dónde está ese hombre! (*Reaparece Pata de Palo*). Es inútil que se oculte: he de prenderlo así esté en la punta de un picacho!

PATA DE PALO.—Anda en el mar. (*Se acercan a mirar*).—Tomó un bote y salió. Ahí se ve el farol.

EL GOBERNADOR.—Ahora mismo le seguimos. (*Indicando la embarcación varada*). Suban ahí dos hombres: no, cuatro. Los que bogueen mejor. (*Pata de Palo saltó a bordo, y en su impaciencia se apodera de los remos*). Ni un día más le dejen en libertad.

PATA DE PALO.—En un momento le alcanzamos.

BERNARDO.—No lleven luz: si la ve, tratará de huir.

PATA DE PALO.—Huir adónde?... ¡Mil bombas!, por fuerza deberá volver a tierra.

EL GOBERNADOR.—No esperaré a que vuelva: le haré volver yo! ¡Conque arriba, y al agua el bote! (*Van empujando la chalupa, cuando llega Andrés a la cabeza de su banda de piratas con armas y una farola. Andrés, siniestro, luce un aran sombrero con plumas y una calavera, y una capa imponente sobre su atarío piratesco. Se detiene con sus hombres a distancia del otro grupo*).

ANDRES.—¿Qué ocurre aquí?... (*La chalupa se queda detenida*). Parece que buscan a alguien, ¿eh?

BERNARDO.—Sin duda, buscamos a alguien.

ANDRES.—Me lo estaba figurando. Pues, yo también le busco, pero no para prenderle, sino para impedir que le prendan.

EL GOBERNADOR (*altanero*).—¿Qué dice ese sujeto?

ANDRES.—Lo que queda dicho: que no le prenderán.

BERNARDO.—¿Está demente...!

EL GOBERNADOR.—Pero, ¿qué se imagina!

ANDRES.—Lo impediré, eso es lo que importa.

EL GOBERNADOR.—¿Con qué derecho?

ANDRES.—Con más derecho del que tiene usted para aprehender a un inocente.

BERNARDO (*da un paso adelante*).—Mira, Andrés: ten esa lengua, si todavía no estás demasiado perturbado.

ANDRES.—Te contesto como un eco: “Ten esa lengua, si no estás demasiado perturbado”.

BERNARDO.—¿Quién te trae a tí a esto?

ANDRES.—¿Y a tí, si puede saberse?

BERNARDO (*salvaje*).—¿Andrés, que me exasperas, que te lo voy a hacer pesar!

ANDRES (*da también un paso al frente*).—Padre, quítate de en medio

BERNARDO (*salta a su encuentro*).—¡Calla de una vez! ¡Calla y lárgate, que no sé lo que hago!

EL GOBERNADOR.—¡Basta ya! ¡Esta insolencia no la tolero!

BERNARDO (*al Gobernador*).—¡Hágale detener. Se ha rebelado: levantó al pueblo.

ANDRES.—¿Qué me haga detener?... Inténtelo.

BERNARDO.—¿Lo ha oído? ¡Le desafía!

EL GOBERNADOR.—Aquí acabó mi paciencia. ¡Guardianes: préndanlo!

BERNARDO.—En esto paró la cosa.

EL GOBERNADOR.—¡Guardianes: préndanlo! (*Los guardianes no se mueven*). ¡Mando que lo prendan...! (*Uno de los guardias se pasa tranquilamente al lado de Andrés*). ¡Queda preso! (*Al otro guardián*). Pero, ¿no obedeces? (*El guardián aludido le mira indeciso; luego va a ponerse también junto a Andrés*). ¡Preso!

ANDRES.—¿Quién ha dicho tal cosa? (*Toma los yataganes de los policías con la mayor naturalidad*). No estoy preso.

EL GOBERNADOR (*sin comprender todavía*).—¡Las esposas! ¡Pónganle las esposas!

ANDRES (*riendo*).—Pónganmelas. (*Los guardianes se las entregan*). Ya ve, Gobernador, que no estoy preso.

EL GOBERNADOR (*perplejo*).—¡Pero, qué significa esto...!!

ANDRES.—Significa que sus guardianes no le obedecen.

EL GOBERNADOR.—¡¡Se sublevan!!

ANDRES.—Pero si va no los necesita. ¿No va a dedicarse a los negocios, a cortar árboles?... (*Risas en el bando de Andrés*).

EL GOBERNADOR (*a los guardianes*).—Un último llamado a la cordura: ¡detengan a ese hombre! (*Los policías no se inmutan*). ¡Un llamado al deber: ¡deténgalo! (*Los guardianes parecen no oírle. El Gobernador, patético, se toma la cabeza*). ¡Adónde se ha llegado...!!

BERNARDO (*furibundo*).—Andrés, oye lo que voy a decirte: ¡eres la fruta podrida que corrompe a las demás!

ANDRES (*pálido de coraje*).—He oído decir, padre, que la podredumbre se hereda.

BERNARDO (*enloquecido*). — ¡Repítelo!

ANDRES.—Que la podredumbre se hereda, padre.

BERNARDO (*rugiendo*). — ¡Ay, defiéndete! ¡Defiéndete, Andrés!
(*Se le echa encima para golpearlo. Andrés lo rechaza, y de un puñetazo lo hace rodar. Se sucede un silencio lúgubre.*)

EL GOBERNADOR (*a Andrés*). — No me sorprende: eres capaz de todo.

ANDRES.—Me atacó él, ya lo han visto.

BERNARDO (*desde el suelo*). — Capaz de cualquier cosa. ¿No dejó morir a su madre?

ANDRES.—¿Quién barrenó el bote de Artemio, para que se ahogara?

BERNARDO.—¿Quién causó la muerte de Estrella?

ANDRES.—¿Quién ofreció asesinar al inglés?... (*Silencio. Bernardo se incorpora con inseguridad.*)

EL GOBERNADOR.— A esto se ha llegado: a este horror y a esta ignominia.

ANDRES (*soberbio*). — En adelante mandará el más fuerte. Esta es la ley ahora.

EL GOBERNADOR.— ¿Comprendes bien lo que dices?

ANDRES.— Lo comprendo y digo que Mortimer no será aprehendido: circulará libremente.

EL GOBERNADOR.— Yo te digo que lo defendremos, para expulsarlo después.

ANDRES.—Circulará, puede usted creerlo, y no será expulsado.

EL GOBERNADOR (*solemne*). — Eso, es lo que vamos a ver. (*A su gente*). ¡Orden de apresarlo tan pronto pise tierra!

ANDRES (*a los suvos*). — ¡Orden de no permitir que le apresen!

EL GOBERNADOR.— ¡Va a haber dos bandos! ¡Va a haber lucha!

ANDRES.— Usted lo ha querido. (*El Gobernador sale hacia el interior con sus hombres. Andrés medita un instante: luego se va con sus partidarios en la misma dirección que ha tomado el Gobernador. Sólo Bernardo se ha quedado donde estaba, dominado por una inspiración súbita... Mira a la parte por donde se fueron todos, mira el bote, mira a la casa de Dorotea, donde no se ve a nadie: y entonces, a rápidos pasos, se dirige a la embarcación y la empuja al agua...*)

TELON

Cuadro 5º

EL LUGAR DESPOBLADO de las ruinas del fuerte, dos horas después.
La luna llena brilla en todo su esplendor. Cantan los grillos, y de la playa cercana llega el rumor de la resaca... Aparece Mortimer, caminando despreocupado. Viene de su paseo en barca y trae la pipa en los labios y la redcilla bajo el brazo. Al ver la mole de la fortaleza, se detiene admirado y la contempla; acércase a ella y le dirige el foco de su linterna eléctrica. Haciendo gestos admirativos da vuelta alrededor suyo, la examina, toca su piedra gastada.

MORTIMER (*con entusiasmo*). — Wonderful! Wonderful...! (*Alumbra hacia arriba*). Oh, a cannon... Go up, Mortimer, go up! (*Busca la entrada y sube a lo alto. Está contento y lleno de curiosidad, como un chico*). Do you like, Mortimer? O, yes, Mortimer; it's very, very beautiful! (*Se asoma por las troneras, se esconde, vuelve a asomarse*). Oh, the cannon! (*Alumbra el cañón, lo examina y palpa su lomo frío. Se coloca tras él, como un artillero*). Fire, Mortimer. (*Hace como que dispara*). ¡Poom...! Fire again, my boy! ¡Poom...! ¡Poom...! ¡Poom! (*Ríe, encantado. Monta a caballo sobre el cañón, y cruzado de brazos, de cara a la luna, fuma la pipa, soñadoramente. Se está así un largo rato, como no pensando en nada, en paz con el mundo. Luego parece animarse y, la pipa en las manos, mirando siempre a la luna, recita el fragmento de P. B. Shelley*):

Art thou pale for weariness
Of climbing heaven and gazing on the earth,
Wandering companionless...!

(*sigue fumando y contemplando los cielos. De pronto*): Well, dear friend, we must leave. (*Se desmonta del cañón, guardando la pipa que se ha apagado, y baja del fuerte con su talante de despreocupación. Y tras una última mirada admirativa, sigue su camino silbando una cancioncilla... Transcurre un lapso y aparece el pirata Bernardo, procedente también de la playa. Viene andando sin ruido, cauteloso, escudriñando en todas direcciones. Se detiene delante del fuerte, sube a él y desde allí ojea en derredor, tratando de penetrar la obscuridad... Baja, y tras una duda, echa a andar en la dirección que lleva Mortimer*).

TELON

Cuadro 6º y último

“LA QUEBRADA”, cerca de la medianoche. El disco de la luna es visible a través del follaje de los árboles. Cantan los grillos y croan las ranas en la charca próxima. Muy al fondo del bosque andan los piratas del Gobernador, con teas y faroles, registrando con afán en la espesura. En el primer plano está el Gobernador-pirata con el Pata de Palo, moviéndose también de un lado a otro.

EL GOBERNADOR. — No encuentran nada. Ese leñador debe estar achispado.

PATA DE PALO. — Asegura él que el grito salió de aquí, y tan claro, que lo oyó desde su cabaña.

EL GOBERNADOR. — Pero no hay rastro. Ha debido engañarse. (Se sienta en un tronco y se enjuga la frente). Voto a tal, y para esto hemos estado corriendo una hora montaña arriba... (Se presenta EL LEÑADOR, confundido. Viste su pobre ropa de montañés, sin ningún rasgo pirático).

EL LEÑADOR. — Nada, señor gobernador. No hallamos nada...

EL GOBERNADOR (con enojo). — Merecerías que te diésemos una paliza. ¡Mira qué alarma estúpida has dado!

EL LEÑADOR. — Señor, yo oí tan distintamente el grito... Estaba asomado a mi ventana, precisamente mirando a esta parte. Entonces se oyó gritar. Fué espantoso. El eco repercutió arriba, y no oí más.

EL GOBERNADOR. — Pero la voz aquélla, ¿no reconociste de quién era?

EL LEÑADOR. — ¡Ah!, no, señor. No estoy habituado a las voces. Como no voy nunca a la aldea... (Breve pausa).

EL GOBERNADOR. — Dime una cosa... (A Pata de Palo). Tú, anda a ayudar a esos; no estés ahí de punto. (Vase Pata de Palo). Dime, leñador...

EL LEÑADOR. — Lo que mande, señor.

EL GOBERNADOR. — ¿Viene gente por aquí?

EL LEÑADOR. — ¿A “La Quebrada”?... Creo que no, señor. ¿Quién se atrevería?...

EL GOBERNADOR. — ¿A nadie has visto, pues? (Es interrumpido por la llegada de Andrés, que viene con sus piratas por el fondo del bosque).

ANDRES (al Leñador). — ¿Nada descubren todavía? (El Gobernador le da la espalda). — Pues, yo he descubierto algo.

EL LEÑADOR. — ¿Qué es ello, señor?

ANDRES. — El bote de Mortimer. Y en la playa están marcadas sus pisadas.

EL LEÑADOR. — ¿Es ese un indicio?

ANDRES. — Sí, porque cerca hay varado otro bote, y en la arena hay otras pisadas. Alguien, QUE NO QUIERO NOMBRAR, ha debido venir si-

guiéndolo... Las pisadas se pierden después, pero ellas traen la dirección del sendero que conduce a la montaña. (*Se produce un silencio. Oyese de pronto un grito de espanto en la cercanía. Los piratas corren al lugar de donde ha salido. El Gobernador se ha puesto en pie de un salto, y aguarda con expectación...* Se siente un murmullo de voces. A poco vuelve Pata de Palo, arrastrando el cadáver de Mortimer, seguido de todos los hombres en tropel. El cuerpo inanimado, que aun sujeta la redcecilla, queda tendido a lo largo, en medio de un mortal silencio. El Leñador, consternado, se descubre).

EL GOBERNADOR.— ¡Mortimer!...! (*Larga pausa*).

PATA DE PALO.— Estaba tirado a la orilla de la charca. Pasamos cerca de él dos veces, sin verlo. (*Pausa. El Gobernador se arrodilla para examinarlo*).

EL GOBERNADOR.— Lo han muerto de una puñalada en la espalda.

ANDRES.— ¡Alguien que yo no quiero nombrar!

EL DEL GARFIO.— Será bueno que le nombres, Andrés.

ANDRES.— No, porque ya pronto le nombrarán todos.

PATA DE PALO.— Estaba amenazado. “Si va a “La Quebrada”, morirá”...

EL GOBERNADOR.— ¡Qué hay aquí?... (*Registra la redcecilla*). ¡Una mariposa enorme...! (*Saca una descomunal mariposa de color blanquecino*). ¿Dónde ha podido cazarla?

EL LEÑADOR.— En estos contornos, señor. Son rarísimas, pero yo las he visto alguna vez.

EL GOBERNADOR.— ¡Un rayo nos parta a todos...! Vivió lo justo para demostrar que no mentía. (*Desde la hondo*). ¡El diablo nos lleve, y a mí el primero...! (*El del garfio y Pata de Palo dan cabriolas, como poseídos, mesándose los pelos*).

PATA DE PALO.— ¡Voto a sanes, voto al chápiro, voto a los mil demonios!

EL DEL GARFIO.— ¡Que me cuelguen de la copa de un árbol, y un buitre me arranque los ojos, y ahí me pudra vivo! (*Salen los dos huyendo, enloquecidos*).

EL GOBERNADOR (*se pone de pie*).— La mariposa gigante... Me habló de ella alguna vez... Llevaba ya unos años buscándola por las islas.

EL LEÑADOR.— ¡Para qué?

EL GOBERNADOR.— La buscaba... ¡y la ha encontrado! (*Al Leñador*). ¡Es verdad que sólo vuela de noche?...

EL LEÑADOR.— De noche, señor, cuando hay luna. Es una criatura muy especial.

EL GOBERNADOR.— Quizá por eso él la llamaba “La Enamorada”... (*Parece anonadado*).

EL LEÑADOR.— No lo habrán muerto por eso, ¿verdad que no?... Pues no comprendo. ¡Y para qué perseguía la mariposa?

EL GOBERNADOR.— Quería probar que aún existía en el mundo.

EL LEÑADOR (*retirándose*).— Que me maten si lo entiendo.

EL GOBERNADOR (*toma la redcecilla, con la mariposa dentro, y levantándola para verla a la luz de una farola, dice con profundo acento*): La mariposa gigante, que vuela a la luz de la luna... Lo recuerdo bien: él la llamaba “La Enamorada”...

Termina “La Isla de los Bucaneros”

El Teatro Experimental de la Universidad de Chile ha efectuado una intensa labor para realizar los cuatro puntos básicos que se señaló al fundarse: 1.º Difusión del teatro clásico y moderno. 2.º Teatro Escuela. 3.º Creación de un ambiente teatral. 4.º Presentación de nuevos valores. Parte de estas bases han sido realizadas. Pero, en su crecimiento, en su lucha por la consecución integral de estos principios, el teatro universitario se ha encontrado con serios inconvenientes: falta de salas teatrales; dificultades de tiempo de sus integrantes para dedicarse intensamente al estudio, ensayo y preparación de sus actuaciones; tropiezos para organizar una idónea escuela de teatro. El Teatro Experimental ha estudiado seriamente estos problemas y se ha propuesto superarlos. Para esto, ha iniciado una vasta campaña por:

- 1.º EDIFICACION DE UN TEATRO ADECUADO;
- 2.º PROFESIONALIZACION DE LOS ARTISTAS DEL TEATRO EXPERIMENTAL;
- 3.º CREACION DE LA ESCUELA DE ARTE DRAMATICO.